



¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Utrera, Sevilla, España
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



SAGRADO DECRETO DE CANONIZACIONES

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Herald del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Celo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Nos, como Doctor Universal de la Iglesia, en virtud de Nuestra Apostólica Autoridad:

El día 30 de septiembre del año 2017, 120º aniversario de la muerte de Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, en la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, Nos, procedimos a la Canonización de seis religiosas, elevándolas a la Gloria de los Altares:

Madre Inés de Jesús (llamada en el siglo María Paulina Martin). Declarada Venerable Sierva de Dios, el día 29 de septiembre de 2017.

Sor María del Sagrado Corazón (llamada en el siglo María Luisa Martin). Declarada Venerable Sierva de Dios, el día 29 de septiembre de 2017.

Sor Francisca Teresa (llamada en el siglo María Leonia Martin). Declarada Venerable Sierva de Dios, el día 29 de septiembre de 2017.

Sor Genoveva de la Santa Faz (llamada en el siglo María Celina Martin). Declarada Venerable Sierva de Dios, el día 29 de septiembre de 2017.

Sor María de la Eucaristía (llamada en el siglo María Guerin). Declarada Venerable Sierva de Dios, el día 29 de septiembre de 2017.

Madre Genoveva de Santa Teresa (llamada en el siglo Clara María Radegunda Bertrand). Declarada Venerable Sierva de Dios, el día 29 de septiembre de 2017.

Con gran júbilo, comunicamos a todos los fieles de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, el felicísimo acontecimiento de la elevación a la Gloria de los Altares de las seis Santas, para que imitéis sus heroicas virtudes, y las invoquéis en vuestras necesidades:

- ¡Santa Inés de Jesús, ruega por nosotros!
- ¡Santa María del Sagrado Corazón, ruega por nosotros!
- ¡Santa Francisca Teresa, ruega por nosotros!
- ¡Santa Genoveva de la Santa Faz, ruega por nosotros!
- ¡Santa María de la Eucaristía, ruega por nosotros!
- ¡Santa Genoveva de Santa Teresa, ruega por nosotros!

Seguidamente, hacemos un breve relato biográfico:

1.- Santa Inés de Jesús (María Paulina Martin)

El día 7 de septiembre de 1861, María Paulina Martin vino al mundo en casa de sus padres San Luis José Martin y Santa Celia Guerin de Martin, en Alençon, (o Alenzón), Normandía, Francia. Con el nacimiento de cada uno de sus hijos, Celia rezaba: "Señor, dale Gracia a este niño para que se consagre a Ti, y que nada

dañe la pureza de su alma. Si se perdiera, preferiría que lo llevaras contigo sin demora.” La pequeña María Paulina se parecía mucho a su madre, tanto en personalidad como en apariencia. Fue la segunda hija de Luis y Celia. Al día siguiente fue su bautismo, cuando María Paulina fue llevada en brazos de su madre a la Catedral de San Pedro.

La madre de María Paulina tenía la costumbre de ir a Misa todos los días. Rezaba reverentemente ante la imagen de Nuestra Señora antes de asistir a Misa. Modesta de corazón, Celia pedía a Nuestra Señora por cada uno de los hijos que Dios les había otorgado a ella y a su marido, para que en el futuro todos llegasen a ser Santos. También pedía a Nuestra Señora que sus hijos fuesen más reverentes hacia Dios que ella misma.

Ya desde pequeña, María Paulina exhibió la misma delicada salud que su hermana mayor María Luisa. Aunque María Paulina sufrió un caso grave de tos ferina, con las muchas oraciones y su familia a su lado, la enfermedad pronto desapareció. María Paulina fue siempre muy cariñosa hacia su familia y acompañaba su



cariño con su voz suave y angelical. Por simple instinto, ella les daba muchos besos a su familia, de forma constante, incluso mandando besos a las imágenes de Jesús y Nuestra Señora.

Luis y Celia tomaron un interés especial en el desarrollo de la vida de cada uno de sus hijos. En los primeros momentos de la vida de María Paulina, sus padres corregían lo que hacía mal. Nunca le permitieron a María Paulina salir impune si hacía algo mal, incluso cuando era muy pequeña. Cuando tenía dos años, ya su madre la castigaba cuando presentaba frecuentemente terquedad, hasta que consiguió vencerla.

Antes de que María Luisa y María Paulina se fuesen a la cama, sus padres les leían vidas de los Santos; promovían, inculcaban y fomentaban en ellas el espíritu de Fe, mostrándoles que las cosas que el mundo les ofrecía eran simplemente vanas. A veces, Celia llevaba a María Luisa y a María Paulina a la Catedral a rezar delante del Santísimo Sacramento.

Luis y Celia siempre les enseñaban la importancia de que “obedeciesen a través del amor, que siempre intentasen hacer feliz a Jesús, y lo más importante, que hiciesen pequeños sacrificios por Él.” Un pequeño ejemplo de cómo María Paulina hacía sacrificios era cuando sus hermanas querían usar algo suyo. Su madre le decía que se lo cediese para ganar otra perla para su corona, y cariñosamente María Paulina obedecía.

La educación de María Paulina empezó en casa, hasta que llegó el momento de recibir una educación formal. Su madre empezó los preparativos para que ella y María Luisa asistiesen al internado de la Visitación en Le Mans. Era el sitio perfecto para las hijas de los Martin, ya que Sor María Dositea, hermana de Celia, estaba allí para vigilarlas. Escribió María Paulina años después: “Si no hubiera tenido a María Luisa conmigo, de verdad creo que hubiera muerto de pena, tanto amaba a mis padres. Pero no lloré al despedirnos de ellos, ¡ya que María Luisa lloró suficientemente por las dos! Me dije: Basta que lllore una; papá y mamá estarían tristes si yo también lloro.”

El 2 de enero de 1873, María Luisa y María Paulina estaban en casa por las vacaciones y su madre dio a luz a una niña. Al día siguiente, tuvieron la oportunidad de conocerla: María Francisca Teresita, aunque sólo le llamaban Teresita.

María Paulina continuó esforzándose para aprender; estudiaba su catecismo fervientemente, preparándose para la Primera Comunión. Quería hacer cada esfuerzo, lleno de significado, para cuando fuese el momento de consagrarse a Dios. El 2 de julio de 1874, en la Visitación de Le Mans, con un bello vestido blanco y con velo blanco, María Paulina se acercó al altar para recibir su Primera Comunión. Su familia rezó por ella en la Capilla. Escribió después: “Pienso que he hecho la Primera Comunión muy bien: ya estaba pensando en hacerme religiosa.” Y mirando a una de sus maestras hacer un retiro antes de su profesión religiosa, pensaba: “Oh, ¡qué hermoso es hacerse religiosa! ¿Cuándo haré mi retiro y llegaré a ser esposa de Jesús?” Pensaba ingresar en un convento de la Visitación.

Su madre deseaba que María Paulina mantuviera su virginidad. Cuando era más pequeña, su madre la ponía sobre sus rodillas y le contaba las vidas de los santos. Un día le dijo: “Sólo las vírgenes pueden seguir el camino del Cordero sin mancha, Jesús, y ellas serán coronadas con rosas blancas mientras cantan una canción que otros no podrán oír.” María Paulina afirmaba a su madre que ella no quería nunca casarse y siempre sería virgen por Jesús. Para cada uno de sus hijos Luis y Celia deseaban la consagración a Dios en la

vida religiosa. María Paulina fue la primera de sus hijas en mostrar interés por ser monja; y Celia, viendo las aspiraciones de su hija, empezó a cultivar lentamente en su alma el deseo de lograrlas.

María Paulina aprendió a coser y bordar, y tuvo una pasión por la pintura, usando el ático como estudio; pintó varias acuarelas que su padre enmarcó, y también pequeñas miniaturas. Al igual que su madre, demostró tener una gran energía y lograba hacer muchas cosas en poco tiempo.

Pronto, en octubre de 1876, cambiaron las cosas a peor. Era el último año de María Paulina como estudiante en el Internado de la Visitación. Para diciembre, era sabido que su tía, Sor María Dositea, quien contrajo tuberculosis, estaba muy enferma. Fue una experiencia desgarradora para María Paulina el ver a su “madre sustituta” sufrir tanto con esa enfermedad, en aquel tiempo, mortal. Además, María Paulina se enteró que su madre tenía cáncer. En enero de 1877, Celia fue a ver a su hermana por última vez, y también a consolar a María Paulina. Le dijo: “Ten valor, mi querida María Paulina, sea lo que sea lo que Dios nos envía, debemos rendirnos a ello. Si pierdo a mi querida hermana, no lloraré por ella, sino por mí misma. Ella será feliz; nosotros somos quienes sufriremos. Pero este sufrimiento se suavizará con la felicidad de ella.” El 24 de febrero de 1877, la venerable tía de María Paulina, Sor María Dositea, expiró.

Después de terminar sus estudios, María Paulina pasaba el tiempo junto a su madre, gravemente enferma de cáncer, intentando aliviarle el dolor. Su madre le dijo con una mirada amorosa: “¡Pobre pequeña alma!



¡Menudas vacaciones para ti! Y yo que estaba toda contenta de tenerte en casa de vuelta para siempre. Oh, mi María Paulina, tú eres mi tesoro. Sé bien que un día serás monja.” El dolor físico de Celia por el cáncer se extendió a todo el cuerpo. El dolor se convirtió en insoportable, de manera que le resultaba imposible incluso el moverse unos centímetros sin llorar. Como María Paulina se sentaba al lado de su madre, su madre le cogió la mano, se la besó y con ella apuntó hacia sus hermanas. Celia le señalaba así que estaba pasándole toda su responsabilidad materna a ella. La dolorosa marcha de Celia de este mundo fue cerca de medianoche del 28 de agosto de 1877. El 29 de agosto, la familia acompañó al cuerpo de su madre a la Catedral y después al cementerio de Nuestra Señora en Alençon.

La vida familiar volvió a la rutina después de establecer su nueva residencia en Lisieux. Cada mañana, Luis, María Luisa y María Paulina asistían a Misa en la Catedral. María Paulina preparó a su hermana Teresita para la escuela. Años más tarde, Teresita le decía: “me he preguntado muchas veces cómo fuiste capaz de criarme con tanto amor y ternura sin malcriarme. Nunca permitiste que una falta mía quedase sin una reprimenda y cada queja era verdaderamente merecida.” Teresita llegaba a la edad de su primera Confesión. Para prepararla, María Paulina hacía que examinase su conciencia cada día para ver si cometía o no algún pecado. María Paulina le pidió que confesase sus pecados al Sacerdote como si estuviese hablando con Dios.

María Paulina continuó pintando sus miniaturas y retratos que eran admirados por su familia por su gran detalle. También era buena costurera e hizo un alba bordando finamente el encaje.

Después de cinco años en Los Buissonnets en Lisieux, ya fue hora para que María Paulina respondiese a su llamada a la vida religiosa. En febrero de 1882, mientras rezaba frente a la estatua de la Virgen del Monte Carmelo en la Iglesia de San Jaime, María Paulina recibió la clara inspiración de que tenía que hacerse monja carmelita, y no monja en la Visitación como había pensado. Siguiendo esta revelación, María Paulina empezó a visitar frecuentemente el convento de las Carmelitas en Lisieux, donde hablaba con la Priora acerca de ingresar en la Orden. María Paulina luego tenía la difícil tarea de contarle a su padre sus intenciones. Preocupada cómo reaccionaría, se lo dijo cuando él acababa de rezar. Ante su sorpresa, él tomó la noticia con mucha calma. La única preocupación que su padre tenía era por la salud de su hija dada la austeridad de la Orden Carmelitana. Aunque, más tarde ese día, él se acercó a ella y le dijo: “Mi María Paulina, te doy permiso para entrar en el Carmelo por tu propia felicidad, pero no pienses que esto no sea un sacrificio mío, porque te quiero mucho.”

El 2 de octubre de 1882, María Paulina entró en el convento carmelita como postulante. El 6 de abril de 1883, María Paulina se convirtió oficialmente en novicia. Recibió el nuevo nombre de Sor Inés de Jesús. En su bonito vestido de novia de satén blanco y con su cabeza cubierta con velo de encaje, fue acompañada por su padre hasta el altar; la familia se sentó cerca en la capilla. Durante el tiempo del noviciado de Sor Inés de Jesús, ella aprendió la devoción a la Santa Faz del Señor bajo la dirección de la santa Madre Genoveva de

Santa Teresa, considerada como fundadora del convento. En el convento carmelitano de Tours, una religiosa, Santa María San Pedro de la Sagrada Familia, había recibido revelaciones sobre los misterios de la Santa Faz. Después de estudiar estas revelaciones, la Madre Genoveva introdujo la práctica de esta devoción en su propio convento, devoción que Sor Inés de Jesús siguió fielmente. Cuando más tarde sus hermanas ingresaron, ella las introdujo en esta devoción. Tiempo después Santa Teresita dijo: “Fue la Madre Inés de Jesús quien me desveló la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz del Salvador.”

Sor Inés de Jesús tenía la oración como foco central en su afán de agradar a Dios, permitiendo que Él reformase su corazón. No usaba la oración para buscar lo que ella quería sino lo que Dios quería de ella. Como acto de devoción hacia Dios, Sor Inés de Jesús hacía muchas penitencias para salvar cuantiosas almas. Sus talentos de niña para pintar miniaturas trascendieron a su vida en el convento. Pintaba figuras religiosas



de bulto e imágenes en tarjetas y cartas. Escribió admirables trabajos de poesía promoviendo el amor incondicional a Dios para serle fiel.

El 8 de mayo de 1884, Sor Inés de Jesús hizo su profesión religiosa. Vestida con el velo blanco de novicia y llevando una corona de rosas alrededor de la cabeza, entró en la habitación del capítulo, se arrodilló delante de la Priora, Madre Genoveva de Santa Teresa, e hizo sus votos teniendo a sus hermanas carmelitas como testigos. Más tarde, el padre de Sor Inés de Jesús le dijo lo orgulloso que estaba de ella y lo agradecido que estaba a Dios por haberle dado una vocación tan alta. El 16 de julio de 1884, la familia Martin fue a la capilla Carmelita para ver la ceremonia final de toma de hábito. El velo blanco de María Paulina fue sustituido por uno negro. Una corona de rosas fue puesta sobre el velo negro. María Paulina había tomado los últimos pasos para dar su vida entera a Dios. La hija mayor de la familia Martin, su hermana María Luisa, ingresó en el mismo convento el 15 de octubre de 1886. Las dos hermanas que antes

fueron inseparables mientras estaban en el internado, ahora estaban juntas de nuevo.

Santa Teresita ingresó en el convento el día 9 de abril de 1888. Fue continuamente humillada por la Priora, Madre María de Gonzaga, delante de las otras monjas durante su periodo de noviciado sin que hubiera razones para justificarlo. Le molestaba a Sor Inés de Jesús ver a su hermana tratada injustamente y se acercó a la Priora y le habló de ello. De todas maneras, la Priora no estuvo completamente de acuerdo y respondió a Sor Inés de Jesús diciendo: “Bueno, esta es una de las desventajas de tener hermanas... ella tiene más orgullo de lo que tú piensas y necesita ser humillada constantemente.” Santa Teresita también animaba a Sor Inés de Jesús a que usase cada humillación y sufrimiento físico como un medio para salvar almas.

En enero de 1889, Sor Inés de Jesús se puso muy enferma. Sufría constantemente de fuertes dolores de cabeza que le hicieron difícil cumplir con sus deberes y le ocasionaban náuseas y vómitos, lo cual causó gran preocupación a sus hermanas, quienes intentaban vigilarla de cerca incluso cuando ella estaba de retiro. Sus hermanas mandaban notitas animándola a soportar su sufrimiento por amor a Jesús. Teresita le escribió: “El corderito suplica que no te vayas al Cielo. Si tu lugar está allí ya preparado, por favor, espérame para que podamos ir juntas a casa. Rezo para que estés más tiempo aquí en la tierra, en exilio.”

Sor Inés de Jesús reiteró a su hermana la necesidad de centrarse sólo y exclusivamente en Jesús. Sor Teresita responde y le dice lo agradecida que se siente de que ella sea su “madre sustituta”, y que fue ella quien le enseñó a amar a Jesús, y a buscarlo sólo a Él. Sor Inés de Jesús también enseña a Sor Teresita que se quede siempre escondida y no se ponga como luz para otros. Debemos buscar a Jesús para ser nuestra sola fuente de Luz, que Él no nos deje decir una palabra que haga que otros piensen mejor de nosotros.

La Madre Genoveva de Santa Teresa vio las cualidades de liderazgo de Sor Inés de Jesús. Profetizó en su lecho de muerte a sus hermanas carmelitas que la vida pública de Sor Inés comenzaría pronto como futura Priora del Carmelo. El 5 de diciembre de 1891, el alma de la Madre Genoveva fue al Cielo.

Así como la fundadora había previsto, en febrero de 1893, la Madre Inés de Jesús fue elegida Priora del convento. Pero nunca fue conocida como “Madre Inés” por sus hermanas carmelitas; su apodo era “mi madrequita” o “la pequeña madre”, ya que la Madre Inés de Jesús era muy delgada y bajita en comparación con el resto de sus hermanas carmelitas. La Priora anterior, Madre María de Gonzaga, hacía difícil la vida de la nueva Priora, mas la Madre Inés de Jesús irradiaba la misma calma hacia ella como hacia las demás hermanas carmelitas. Santa Teresita veía en cada uno de esos actos de humildad, para la Madre Inés de Jesús,

la oportunidad de ganar perlas para su corona en el Cielo. En diciembre de 1893, la Madre Inés de Jesús se enfermó de nuevo. Ella usó su sufrimiento como ocasión de salvar más almas. Pronto se recuperó y volvió a sus obligaciones como Priora.

El alma de Luis Martin se acercaba más al Cielo. El día 28 de julio de 1894, temprano por la mañana, Luis expiró. María Celina Martin, que lo había cuidado con gran abnegación, entró entonces en el Carmelo de Lisieux el día 14 de septiembre de 1894. Sus hermanas estaban felicísimas de recibirla. Recibió el nombre de Sor María de la Santa Faz, que le fue cambiado posteriormente por el de Sor Genoveva de la Santa Faz.



Quizás el acto más importante de los tres años del priorato de la Madre Inés de Jesús, fue la orden que dio a Sor Teresita en diciembre de 1894, de escribir sus memorias de la niñez para sus hermanas. Obedeció ella con sencillez y entregó sus cuadernos llenos de páginas inspiradas a la Madre Priora como regalo de su fiesta onomástica en enero de 1896. Pero la Madre Inés no las leyó hasta dos meses después, y fue conmovida ante el tesoro que tenía en las manos. Todas las enseñanzas de la Madre Inés de Jesús a Santa Teresita se veían reflejadas en el manuscrito. Más tarde consiguió de la siguiente Madre Priora que Sor Teresita completara el relato de su vida religiosa, de lo que resultaron los capítulos IX y X de “Historia de un alma”. A la vista del inmenso bien que la publicación de esta obra haría, dando a conocer mejor el Amor Misericordioso de Dios, la Madre Inés confió su plan a Sor Teresita, ya moribunda, y ella le dijo expresamente: “Debes revisar todo lo que he escrito. Si ves bien quitar o añadir algo que te he dicho, será como si yo misma lo hubiera hecho. Acuérdate después, y no tengas escrúpulos en esto.”

La unión espiritual entre la Madre Inés de Jesús y Santa Teresita era muy íntima. Sin tener que decir una palabra, todo era revelado en sus almas. Un día cuando la Madre Inés de Jesús entró en la enfermería, Santa Teresita le dijo lo fuerte que era su unión: “La Madrecita es mi teléfono, sólo tengo que aguzar el oído cuando llega, y me entero de todo.”

La Madre Inés de Jesús empezó a escribir todas sus conversaciones con Santa Teresita en un cuaderno amarillo, que en el año 1925 fue publicado con el título “Novíssima Verba” o “Últimas conversaciones”. Al atender a la moribunda un día, ésta dijo a la Madre Inés: “Siempre has actuado así conmigo... no puedo expresar mi gratitud.” Y secándose los ojos: “Lloro porque estoy tan conmovida por todo lo que has hecho por mí desde mi niñez. Oh, ¡cuánto te debo! Pero cuando esté en el Cielo diré la verdad, diré a los santos: fue mi pequeña madre que me dio todo lo que os agrada en mí.” Y en otros días: “Siempre estás aquí para consolarme... llenas mis días con dulzura”; “no sabes cuánto te amo, y te lo demostraré”; “eres mi luz”; “fuiste tú que sembraste la semilla de confianza en mi alma”; “quisiera tenerte siempre conmigo, eres mi sol”; “¡si supieras todo lo que eres para mí!; sólo en el Cielo sabrás lo que eres para mí. Eres una lira, un cántico, incluso cuando estás callada”; y el día de su muerte: “¡Las consolaciones que me has dado, son muy grandes!” La Madre Inés de Jesús le dijo: “Seré tu heraldo; proclamaré tus gestas de valor; trataré de que el mundo ame y sirva a Dios por todas las luces que Él te ha dado, luces que nunca se apagarán.” La santa muerte de Sor Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz fue el 30 de septiembre de 1897.

La Madre Inés de Jesús convenció a la Priora de entonces, Madre María de Gonzaga, que permitiera publicar los manuscritos de Santa Teresita. El 30 de septiembre siguiente, primer aniversario de su muerte, se imprimió una edición de dos mil copias; las primeras fueron enviadas a los conventos carmelitas, como era costumbre después de la muerte de un religioso. Pero la chispa así echada pronto se hizo una llama, y de todas partes llegaron pedidos del libro, y un río de devoción se extendió por el mundo entero.

La devoción a Santa Teresita y el interés sobre su vida crecía y, a medida que los años pasaban, se hizo imposible para la Madre Inés, nuevamente Priora desde abril de 1902, contestar a todas las cartas que recibía, que, a veces, llegaron a cientos cada día. Con sus capacidades logró tener la suficiente energía para cumplir con la inmensa tarea del proceso de beatificación de su hermana y, a la vez, ser una buena Priora. Una de las hermanas carmelitas le escribe en una carta: “Te encuentro tan llena de misericordia, que me parece que Dios no podría hacerte más; ¡oh, cuánto te quiero!” Sus hermanas notaban a simple vista las dificultades diarias a las que la Madre Inés de Jesús se enfrentaba tanto dentro como fuera del convento. Tenía la doble tarea de cubrir las necesidades de sus hermanas carmelitas y las de los numerosos visitantes. Para llegar a todo, siempre pidió ayuda a Dios en cada tarea, practicando la humildad y la sencillez. En una carta a su hermana

Sor Francisca Teresa, le dijo: “No sé por qué mis hermanas me quieren tanto. Desde que soy Priora no he tenido que repetir nada.” Y fue enteramente por amor a Dios que llevó la pesada carga de este trabajo. Su actividad prodigiosa lo cubría todo con una facilidad impresionante: las ediciones de las obras relacionadas con Santa Teresita, numerosas conferencias con personas de la jerarquía; la correspondencia con muchos prelados en Roma, incluso los Papas; una infinidad de cartas de todas partes del mundo. Luego vinieron los sucesivos frutos: la declaración de virtudes heroicas (14-agosto-1921), beatificación (29-abril-1923), y canonización (17-mayo-1925). Escribió a Sor Francisca Teresa (María Leonia) a finales de 1924: “La canonización será el día 17 de mayo. ¡Qué cosas tan grandes estamos viendo! Pero para mí cuanto más grandes son, más amo la pequeñez, más me repito las palabras de Jesús: ‘Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas.’ Oh, ¡qué sublime verdad! ¡Nunca tendremos un gozo profundo y verdadero sin la humildad!”

Un Padre escritor fue a visitar a Sor Francisca Teresa en el convento de la Visitación de Caen, y le preguntó sobre la santidad de la Madre Inés de Jesús: “¿Crees que la Madre Inés de Jesús es Santa?” Sin vacilar reforzando la percepción que él tenía sobre su santidad, afirmó: “No creo que haya una Superiora tan estimada.” El Padre escribió: “Santa Teresita debe mucho de su santidad a sus santos padres y a sus santas hermanas Sor María del Sagrado Corazón y la Madre Inés de Jesús. No me sorprendería si la Iglesia los declarase Santos”.

El Papa San Pío XI le hizo el honor de nombrarla Priora vitalicia el 31 de mayo de 1923. Aunque en un principio la Madre Inés de Jesús se sintió abrumada por el honor y la responsabilidad, aceptó diciendo: “Que sea lo que el Santo Padre desee, soy monja Carmelita y obedeceré.”

En muchas ocasiones, la Santa Sede confió casos dolorosos y aparentemente perdidos a las oraciones del Carmelo de Lisieux por la intercesión de Santa Teresita. Y el celo de la Madre Inés de Jesús se dirigió a obtener soluciones que fueron recibidas en Roma con gran complacencia. Así ganó la estima de los Papas San Pío XI y San Pío XII, y éste casi siempre le contestaba de su propia mano.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Lisieux fue ocupado por los nazis, y en junio de 1944 fue bombardeado por las fuerzas aliadas. Esta acción militar destruyó las dos principales iglesias de Lisieux a la vez que dos monasterios. La zona que rodeaba el convento carmelita se incendió y la vida de la comunidad carmelita corría peligro. La Madre Inés tuvo que abandonar el edificio y, junto a su comunidad, buscó refugio en la Basílica. Después de dos días de bombardeo, y más de 700 muertos, todas las monjas carmelitas regresaron al monasterio salvas. Al volver a ver el mundo en 1944, la Madre Inés y su hermana vieron con pena que ya no se llevaban los vestidos modestos que había antes de su ingreso en el convento y que no había ninguna dignidad en la manera de vestir.

Como hermanas, las relaciones entre la Madre Inés de Jesús y Sor Genoveva de la Santa Faz eran muy estrechas. Después de la muerte de Sor María del Sagrado Corazón y Sor Francisca Teresa, el legado de Santa Teresita estaba en sus manos. Ellas continuaron trabajando fervientemente en libros e ilustraciones, y cada vez dependían más la una de la otra.

Cuando llegó 1949, la Madre Inés de Jesús contrajo una infección pulmonar. Ella se dio cuenta de que ya no era la mujer fuerte de otros tiempos. Tenía 87 años y dependía de las otras para realizar muchas tareas manuales. Sor Genoveva de la Santa Faz, siempre a su lado, la ayudaba de tal manera que la Madre Inés de Jesús dependía totalmente de ella. La Madre Inés de Jesús se doblegaba con esto a la voluntad de Dios y buscaba en Él su inspiración y paz. Aun en medio de sus sufrimientos, permaneció extremadamente dulce y serena, totalmente abandonada en Dios.

A mitad de julio de 1951, con casi noventa años de edad, se hizo evidente que sólo le quedaban días en la tierra. Cayó en coma y recibió la Extremaunción todos los días. El 28 de julio de 1951, momentos antes de su muerte, recuperó la conciencia y con la mirada abrazó a todas sus hermanas religiosas, que rezaban jaculatorias, terminando con la invocación “Santa Teresita, ayúdame, ven y llévame”. En ese momento el alma de la Madre Inés de Jesús voló hacia su Creador.

Entre los miles de cartas y telegramas recibidos en el Carmelo de Lisieux, vino la siguiente carta, firmada por el propio Papa: “Habiendo conocido con dolor la noticia de la muerte de nuestra queridísima hija, Inés de Jesús, encomendamos el alma de vuestra venerada Priora a la Divina Misericordia, por la intercesión de la Santa de quien fue tanto hermana como madre, y os concedemos, a Sor Genoveva de la Santa Faz y a todas las religiosas, nuestra Bendición Apostólica. Pius PP XII.”

Declarada Venerable Sierva de Dios el día 29 de septiembre de 2017 y canonizada el día 30 de septiembre de 2017 por Su Santidad el Papa Pedro III.

2.- Santa María del Sagrado Corazón (María Luisa Martin)

María Luisa Martin nació en Alençon, Baja Normandía, Francia, el 22 de febrero de 1860. María Luisa fue la primera de los nueve hijos que tuvieron San Luis José Martin y Santa Celia Guerin de Martin. A su hija la llamaron María en honor de Nuestra Señora. Cuatro de sus nueve hijos murieron a temprana edad, sobreviviendo cinco hijas: María Luisa, María Paulina, María Leonia, María Celina y María Francisca Teresita. María Luisa fue bautizada en febrero de 1860. Su espíritu era fuerte y valiente, y su temperamento era directo y franco. Su familia la apodaba “la gitana”, elogiando así su gracia y arte para ganarse las voluntades de otros; aunque años más tarde, su padre se referiría a ella como su amada “Diamante”. María Paulina, la segunda hija, nació el 7 de septiembre de 1861.

Luis y Celia tomaron un interés especial en el desarrollo de la vida de cada uno de sus hijos. Su santa madre enseñó a María Luisa y a María Paulina cómo rezar a Dios. Cada mañana y cada noche, su madre se arrodillaba con ellas, junto a sus camas, y juntas decían sus oraciones a Dios. Antes de que María Luisa y María Paulina se fuesen a la cama, sus padres les leían vidas de los Santos. Santa Celia y San Luis promovían, inculcaban y fomentaban en ellas el espíritu de Fe, mostrándoles que las cosas que el mundo les ofrecía eran simplemente vanas. A veces, Celia llevaba a María Luisa y a María Paulina a la Catedral para rezar delante del Santísimo Sacramento. Luis y Celia siempre les enseñaron la importancia de que obedeciesen a través del amor, que siempre intentasen hacer feliz a Jesús, y lo más importante, que hiciesen pequeños sacrificios por Él.



En octubre de 1868, María Luisa entró en el internado de la Visitación en Le Mans (Francia) a la edad de 8 años. Su amada tía, Sor María Dositea (hermana de Santa Celia), enseñaba en el internado, y fue quien le dio consejo espiritual y moral durante su vida de estudiante en el internado y, al enfermarse, María Luisa rezaba constantemente a San José para que intercediese en la curación de su tía, y no se resignaba a que su

muerte fuera la voluntad de Dios, sino más bien quería intentar cambiarla. El 2 de julio de 1869, las oraciones de María Luisa fueron oídas y Sor María Dositea, que vivió siete años más, fue testigo de su Primera Comunión. Este fue uno de los días más felices en la vida de María Luisa, que ya entonces vivía en íntima unión con Jesucristo. Cuando el día se acabó, empezó a lamentarse de que todo había pasado tan pronto. La madre de María Luisa escribió a Sor María Dositea: “María Luisa parece reservada y tímida; pero bajo su timidez hay un corazón de oro.” En 1869, María Luisa recibió la Confirmación, adoptando el nombre de Josefina, en agradecimiento a San José por la curación de su tía. María Luisa y su hermana María Paulina cantaban en la Iglesia, y en su familia siempre se destacó la belleza de su voz.

En el año 1873, María Luisa contrajo tifus, y fue mandada a casa desde el internado de la Visitación. Sufrió una larga enfermedad, con varias recaídas. El 5 de mayo de 1873, después de casi tres semanas de sufrimiento, su padre San Luis fue en peregrinación casi treinta kilómetros a pie hasta una iglesia, rezando y ayunando por su curación, en un valiente esfuerzo por salvarla la vida. Sus padres hicieron vigilia por ella mientras permanecía gravemente enferma. Durante esta época de enfermedad, su madre le dijo: “Puede ser que un día tengas que hacerte cargo de tus hermanas pequeñas y de la casa, después de mi muerte.”

La madre de María Luisa, Santa Celia, decidió hablarle sobre la posibilidad de contraer matrimonio, lo cual le disgustó mucho. María Luisa dijo a su madre que no se casaría nunca, y le suplicó que no volviese a hablar del tema.

María Luisa y otras dos hermanas fueron juntas con su madre en una última peregrinación a visitar a Nuestra Señora de Lourdes, para pedirle que curase el cáncer de pecho que sufría Celia. Pero el cáncer no se curó. María Luisa prometió a su madre que cuidaría de sus hermanas. Su madre le dijo: “Continúa dedicándote de forma creciente a tus hermanas. Pienso que, al observarte, tendrán un buen modelo que imitar.” María Luisa tenía 17 años cuando su madre murió, el 28 de agosto de 1877. El cuerpo de Celia fue velado por familiares y amigos, y varias veces María Luisa sintió la necesidad de estar junto a su madre, y dijo: “No me cansaba de mirarla. Parecía tener 20 años. Pensé que era bella. Tuve una sensación sobrenatural al estar junto a ella. Sentí que no había muerto realmente, sino que estaba más viva que nunca.”

Tras la muerte de Celia, la familia se mudó a Lisieux, en noviembre de 1878, para estar más cerca de la familia materna de los Guerin. Toda la familia siguió participando en actos de caridad hacia los necesitados, ahora de Lisieux. Los mendigos se acercaban a la casa para pedir comida, ropa y dinero; y la familia siguió ofreciendo ayuda no sólo a los que se acercaban a su casa, sino que ellos visitaban a aquellos que no podían moverse. María Luisa hizo la siguiente reflexión: “¡Cómo deseo salvar almas! Pero para esto, tengo que ser santa, ya que sólo los santos dominan su corazón.”

Como María Luisa prometió a su madre, se hizo cargo de los deberes de la casa, y ayudó a su tía con las cuentas del negocio, mientras sus hermanas menores iban al colegio. Durante este tiempo, María Luisa acompañó a su padre en varios viajes a París, para cerrar el negocio de encajes que tenía Celia, así como asistir a Misa durante Semana Santa. María Luisa y su familia hicieron diferentes peregrinaciones a lugares sagrados en Francia durante su infancia.



María Luisa supervisó la educación de sus hermanas, dándoles un buen ejemplo a seguir, ocupándose de ellas de forma constante y cariñosa. María Luisa pidió al Señor que sus hermanas sólo le sirvieran a Él. Años después, Santa Teresita dijo: “Sentí que María Paulina y María Luisa eran las más tiernas y sacrificadas madres.” María Luisa confiaba constantemente en la intercesión de su santa madre en el Cielo para cuidar a sus hermanas, como dejó escrito a su padre: “Confío más en la protección de mi santa madre que en mis pobres esfuerzos, para completar bien la formación de mis pobres hermanas.” Ella usaba ejemplos de la vida cotidiana para ilustrar a sus hermanas en las virtudes para llevar a cabo una vida en Cristo.

Así, María Luisa les diría: “Mira los tenderos, cuantos problemas tienen para ganarse el dinero, mientras que nosotras podemos amasar tesoros para el Cielo sin tantos problemas; tan sólo tenemos que reunir diamantes con un rastrillo.” María Luisa solía sentar a María Celina y Teresita en sus rodillas y leerles libros espirituales y darles instrucciones; especialmente quería infundir en sus almas la dicha de vivir en el amor de Dios. Les enseñó cómo se puede alcanzar la santidad siendo fiel en las cosas más pequeñas. Así describió Santa Teresita a María Luisa y sus enseñanzas: “Creo que su espíritu grande y generoso ha pasado al mío. Como los viejos guerreros enseñaron a sus hijos el arte de la lucha, ella me enseñó los combates de la vida, despertando mi entusiasmo y dirigiéndome a la palma gloriosa. María Luisa también habló de las riquezas inmortales que tan fácilmente podríamos amasar cada día; sobre el infortunio de pisotearlas bajo nuestros pies cuando sólo tenemos que agacharnos para recogerlas. Lamenté ser la única que escuchase sus profundas enseñanzas; estaba convencida de que hasta los más grandes pecadores se convertirían si pudiesen escucharla, y que, al abandonar sus riquezas perecederas, sólo buscarían las del Cielo.” María Luisa les enseñó el dominio de sí mismo y el espíritu sobrenatural del sacrificio. María Luisa también usaba historias para interesar a sus hermanas en salvar almas. Tenía un “corazón de madre”, como sentían sus hermanas; les explicaba que la manera de ser santo es siendo fiel a cosas pequeñas. María Luisa tuvo el presentimiento de que Dios cuidaría de sus hermanas como a niñas, en vez de llevarlas por el camino del sufrimiento.

Ya que María Paulina ingresó en el convento carmelitano de Lisieux en octubre del año 1882, una de las tareas de María Luisa fue preparar a su hermana Teresita para su Primera Comunión, por lo que la ayudó constantemente a entender el Catecismo. María Luisa deseaba servir a Dios convirtiéndose en monja, pero tenía reservas hacia la clausura. Esperaba una señal del Cielo antes de entrar en el convento, a pesar de que todo el mundo le dijo que no iba a tener ninguna señal. Cuando tenía 22 años, María Luisa conoció al Padre Almiré Pichon, cuando oficiaba una Misa. Le confió su deseo de ser monja y sus dudas acerca del compromiso total. Él la pidió que escribiese una lista con todas sus opiniones acerca de la vida religiosa y el porqué no se sentía preparada para servirle como monja. María Luisa escribió ocho páginas con sus pensamientos y las examinó con el Padre Pichon durante una hora, tras lo cual, ella se sintió “atrapada en las redes de la divina misericordia”, tomando la decisión de servir a Dios como monja. Ésta era la señal que buscaba; dijo: “Jesús me ha mirado con un amor especial.” El 25 de marzo de 1885, María Luisa hizo voto privado de castidad. Pronto María Luisa confesó a su padre San Luis que quería entrar en el Carmelo, lo que inicialmente lo entristeció profundamente. Tras abrazarla, le dijo: “Dios no me podía pedir un sacrificio más grande. Creí que nunca me abandonarías.” María Luisa preparó a María Celina para que cuidase de la casa y de su hermana pequeña.

El 15 de octubre de 1886, María Luisa ingresó en el convento carmelitano de Lisieux, con 26 años. Allí recibió el nombre de Sor María del Sagrado Corazón. En febrero de 1887, recibió una carta de Teresita antes de su profesión: “Querida hermana, no te puedes imaginar cuanto te amo y cuanta felicidad te deseo aquí en la tierra. Eres amada por el Sagrado Corazón de Jesús, cuya amada esposa pronto serás.” El 19 de marzo de 1887, Sor María del Sagrado Corazón recibió el hábito. Teresita también ingresó en el mismo convento carmelitano el 9 de abril de 1888.

El día 22 de mayo de 1888, hizo su profesión, y Santa Teresita le colocó una corona de rosas en la cabeza. Su profesión final significó “una confirmación de la corona eterna que le esperaba en el Cielo”. Sor María del Sagrado Corazón agradeció a su padre los regalos que donó al convento carmelita, prometiéndole que no le defraudaría: “Oh tú, el mejor de los padres, que das a Dios sin contar el coste de toda la esperanza de tu ancianidad. Tuya es la gloria, una gloria que no perecerá. Sí, amado padre, te glorificaremos, como mereces ser glorificado, convirtiéndonos en Santas. Tú no merecerías menos que eso.”



En diciembre de 1894, Sor María del Sagrado Corazón propuso a la Madre Inés de Jesús, que pidiese a su hermana Santa Teresita que escribiese sus memorias de la infancia. Santa Teresita empezó su manuscrito en enero de 1895, y lo dio a la Madre Superiora un año después. En 1895, Santa Teresita se acercó a Sor María del Sagrado Corazón y le preguntó si ella quería convertirse en “víctima del Amor Misericordioso de Dios”. Su primer instinto fue negarse a esta petición, diciéndole: “Claro que no, ya que si me ofreciera de víctima, Dios me tomaría la palabra, y tengo mucho miedo al sufrimiento. Además, lejos de inspirarme, la palabra víctima siempre me ha producido rechazo.” Pero, poco después de la negativa de Sor María del Sagrado Corazón a la petición de Santa Teresita, ésta le explicó que cuando uno se ofrece como víctima del amor de Dios, es diferente de rendirse a su Justicia: “No

siempre significa un aumento del sufrimiento, sino que te da la capacidad de amar más a Dios.” Sor María del Sagrado Corazón quedó convencida e hizo la “Ofrenda al Amor Misericordioso de Dios”, encontrando su vocación, que fue el Amor. En los años venideros, Sor María del Sagrado Corazón se dedicó al extenso grupo de amigos y benefactores del Carmelo. Ella demostró ser una de los más ardientes apóstoles del Acto de Ofrenda. Cada vez que podía, recomendaba la “Ofrenda de Amor” a todos a quienes escribía.

Entre el 8 y el 17 de septiembre de 1896, pidió a Santa Teresita que escribiese otro manuscrito sobre su “cercanía a Dios”. Teresita acompañó su manuscrito con una carta en la que expresaba la influencia de Sor María del Sagrado Corazón en su vida: “Esta niña, que ofreciste a Nuestro Señor, y que se dirige a ti esta tarde, es la que te quiere como el niño que ama a su madre... Oh querida hermana, deseas conocer los secretos que Jesús confió a tu hermana pequeña; sin embargo, me doy cuenta de que Él confía en ti, ya que tú me enseñaste a recoger las instrucciones divinas.” También escribió: “¡Qué felices somos al entender los secretos de Jesús! Si tú me escribieses lo que sabes de ellos, qué maravillosas páginas leeríamos. Pero sé que prefieres guardar los secretos del Rey para ti. Me has dicho que ‘es honorable confesar y revelar las obras de Dios’, sin embargo, creo que tienes razón al guardar silencio, ya que es imposible expresar los secretos del Cielo en las palabras de la tierra.”

Sor María del Sagrado Corazón ocupó diferentes puestos en el convento: asistente de enfermería, jardinera, responsable del refectorio y procuradora, llevando la oficina de tesorería desde 1894 a 1933. También tuvo la tarea de iniciar a las nuevas postulantes en la vida del Carmelo. A pesar de que ella y sus hermanas estaban en el convento del Carmelo, tenían muy poco tiempo para estar juntas, entregadas como estaban a las necesidades de las otras religiosas.

En 1915, Sor María del Sagrado Corazón escribió a Sor Francisca Teresa (María Leonia) en Caen: “Supongo que cuando estemos en el Cielo y pensemos en la vida terrenal, nos parecerá un sueño, una mala noche en una mala posada. Sí, eso es nuestra vida aquí abajo, y me siento, como tú, llena de valor para subir la montaña de la perfección, ya que sé bien que Jesús me llevará en sus brazos, si le doy toda mi confianza.”

Sor María del Sagrado Corazón sufrió de artritis reumática y desde abril del año 1923, su artritis atacó a los músculos y limitó seriamente su capacidad de llevar vida normal. Como su enfermedad empeorara a lo largo del año, fue confinada temporalmente a una cama de la enfermería, debiendo ser trasladada en una silla

de ruedas. Su incapacidad de moverse fue la peor penitencia para ella, ya que no quería dar trabajo y era muy independiente. Sufrió la enfermedad durante 26 años.

Hacia fines de 1924, Sor María del Sagrado Corazón tuvo una neumonía grave, hasta el punto que sus hermanas pensaron que iba a morir. Ella supo que no iba a morir, pero pensaba que su vida iba a ser mucho más difícil desde entonces. El 25 de enero de 1929, fue trasladada de su celda a la enfermería de forma definitiva; sus piernas y pies los tenía hinchados permanentemente y estuvo plagada de llagas durante once años.

En sus últimos años, cuando no podía soportar más el sufrimiento, decía: “Rezar es el estado de mi alma. Le suplico a Dios noche y día: ¡Dios mío, ayúdame! ¡Apresúrate a ayudarme!” Y para apremiarle más, añadía: “Tú, que eres mi tierno esposo, ten misericordia de mí.” Siempre tuvo presente la salvación de las almas, diciendo: “Soy como alguien encadenado. Estoy encadenada y atada; mis brazos me duelen. Pero se lo ofrezco al buen Dios, para que alguna pobre alma no esté encadenada y perdida por toda la eternidad.”



El 8 de marzo de 1937, Sor María del Sagrado Corazón recibió el Sacramento de la Extremaunción. Sabía que su tiempo en la tierra estaba terminando y luchó con valor para ofrecer a Dios su sufrimiento para salvar almas. En junio de 1939, escribió su última carta a Sor Francisca Teresa (María Leonia) en Caen: “Iremos juntas al Cielo, y el camino es tan largo que sentiremos los efectos del viaje. ¿Cuál de las dos entrará primero? Seguramente seré yo, la más enferma. Pero no quiero pedírselo a Dios porque ahora más que nunca tenemos la oportunidad de seguir salvando almas. Esto es lo que da valor al dolor, para seguir en la tierra unos años más, si es su Voluntad.”

En 1939, Sor María del Sagrado Corazón contrajo un resfriado con mucha tos, que acabó convirtiéndose en una pulmonía. Hizo su última Confesión en la segunda semana de enero de 1940. El 18 de enero de 1940, enferma, parecía estar en trance, hablando muy poco pero enfocada en Dios y usando su sufrimiento para salvar almas.

Falleció el 19 de enero de 1940. Sus últimas palabras fueron “Te quiero”, mientras besaba su crucifijo. A las 2:30 de la mañana, mientras renovaba su Ofrenda al Amor Misericordioso, rezando el Padre nuestro y el Ave María, fijó su mirada en Nuestra Señora de la Sonrisa, aquella que le sonrió a su hermana Santa Teresita, inclinó su cabeza y murió. Tenía 79 años.

Tras salir la Comunidad de la enfermería, sus hermanas prepararon el cuerpo para el entierro. La Madre Inés de Jesús encontró la carta que le había escrito. Mientras lloraba junto al cuerpo de Sor María del Sagrado Corazón, la Madre Inés de Jesús abrió la carta y la leyó en voz alta. Le escribió que pasaría la eternidad haciendo que Dios fuera conocido por muchos; “la eternidad no es lo suficientemente larga para que conozcamos la infinita bondad de Dios, su poder infinito y su infinita misericordia, su infinito amor por nosotros. Éstos son nuestros deleites eternos, de los que nunca nos vamos a cansar. Nuestro corazón está hecho para entenderlos y para ser alimentado por ellos. Mi único deseo es perderme en Él.”

El 23 de enero de 1940, los restos de Sor María del Sagrado Corazón fueron depositados en la tumba. Vivió en el convento durante 53 años, alcanzando gran santidad. Nunca vio el mundo exterior desde su ingreso en el convento. Su muerte, como su vida, fue muy simple y muy santa. Su amor a la libertad lo cambió por el amor al servicio: “He encontrado a Jesús dentro de estas cuatro paredes, y al encontrarle, he encontrado el Cielo.” Agotada y ya sin fuerzas por el reumatismo e impedida por el dolor, mantuvo hasta el final, junto a su ingeniosa originalidad, su valiente coraje, sin artificios, y su pasión por las almas. Murió feliz, al haber pasado su vida enamorada.

Declarada Venerable Sierva de Dios el día 29 de septiembre de 2017 y canonizada el día 30 de septiembre de 2017 por Su Santidad el Papa Pedro III.

3.- Santa Francisca Teresa (María Leonia Martin)

María Leonia fue la tercera hija de San Luis José Martin y de Santa Celia Guerin de Martin y vino a este mundo el día 3 de junio de 1863. Sus orgullosos padres la llamaron María Leonia, dándole el primer nombre, como a todos sus hijos, en honor de Nuestra Señora. A sus hijos varones les dieron además ‘José’ en honor de San José.

La casa familiar de los Martin estaba entonces en la calle Pont-Neuf de Alençon, situada en Normandía,

Francia. Luis, el padre, era relojero y Celia, la madre, hacía encajes. En el mismo mes de junio, la familia Martín llevó a su hija recién nacida a la Catedral para ser bautizada.

Desde el principio de su vida, María Leonia sufrió de mala salud. A los nueve meses de edad, contrajo la tos ferina. Después de sobrevivir a esta enfermedad, contrajo el sarampión que le produjo violentas convulsiones debido a la alta fiebre. Sus padres estaban muy preocupados temiendo que la niña no sobreviviera su primer cumpleaños. Entonces, Celia escribió a su hermana Sor María Dositea, que era monja de la Visitación en el convento de Le Mans. Sor María Dositea escribió sugiriendo la posibilidad de una novena a la entonces Beata Margarita María Alacoque. Celia rezó la novena diciendo esta frase: “Si María Leonia va a ser santa algún día, entonces cúrala.” Luis, el padre de María Leonia, comenzó una peregrinación a Nuestra Señora de los Mares pidiendo la curación de su hija. Después de la novena María Leonia se curó y nunca más sufrió de enfermedad grave durante su infancia.



Durante su niñez María Leonia mostró serias dificultades de comportamiento al prepararla para ir a la escuela. Sus padres trabajaron incansablemente para controlar su fuerte carácter y su naturaleza rebelde, ayudándola a concentrarse en sus estudios. Cuando María Leonia fue suficientemente mayor para ir a la escuela, Celia quiso enviarla como interna a la escuela de la Visitación en Le Mans, en donde las dos hermanas mayores ya estaban estudiando. Después de intentarlo en dos ocasiones sin ningún éxito debido al rechazo de la Madre Superiora, Celia decidió pedir la ayuda de su hermana, Sor María Dositea, cuya intercesión hizo que la Madre Superiora admitiese a María Leonia a prueba, siempre y cuando ésta fuese capaz de adaptarse a la disciplina del internado. Sor María Dositea dio especial atención a María Leonia mientras permaneció en el internado de la Visitación, ayudándola en sus estudios. Sin embargo, no tuvo éxito en el caso de las matemáticas, la materia más difícil para María Leonia. A pesar de su buen natural, María Leonia resistió todo

intento de enseñanza, llegando al extremo de tener que ser enviada a casa.

En enero de 1874, Celia trató de enviarla otra vez más con el fin de que aprendiese el catecismo para poder recibir su Primera Comunión, confiándola expresamente al cuidado de su hermana. Sor María Dositea trató de controlar a María Leonia usando su fuerte carácter sin éxito y, al ver la falta de resultados, cambió de táctica apelando al buen corazón de María Leonia. Esta segunda estrategia dio resultados sólo durante dos semanas. La estancia de María Leonia en la Visitación sólo duró tres meses más porque le era demasiado difícil controlar sus súbitos arrebatos de carácter cuando se encontraba con otras alumnas, por lo que era incapaz de concentrarse en su aprendizaje. Cuando Celia fue a recoger a María Leonia, Sor María Dositea le confesó que a pesar de las dificultades para enseñar a la niña, ella tenía el presentimiento de que María Leonia estaría un día llamada a ser monja de la Visitación. Al volver a casa, decidió educar a su propia hija ella misma, enseñándole el catecismo para su Primera Comunión.

María Leonia era muy receptiva a las enseñanzas de su madre, por lo que Celia la llevó en peregrinación a la Basílica de la Inmaculada Concepción en Sées, en preparación para su Primera Comunión que fue el 23 de mayo de 1875. Más tarde María Leonia recordaría ese día diciendo: “Mi Primera Comunión no fue el día más feliz de mi vida debido a los sufrimientos que pasé en mi infancia por las pruebas que me envió el Señor.” Después de su Comunión, María Leonia fue a Lisieux a pasar una temporada con sus tíos. En esta época, María Leonia era todavía algo rebelde, resistiéndose a la autoridad de sus padres; sin embargo su amor hacia ellos era igualmente fuerte e intenso. Le encantaba entretener y cuidar a su hermana pequeña Teresita, cantándole nanas hasta que se dormía. Sin embargo, María Leonia pasaba mucho tiempo sola en su habitación o con la criada y su conducta cambió de repente, pasando de tranquila a ingobernable.

En el otoño de 1876, Celia comunicó a su familia que tenía cáncer de pecho. María Leonia llevó a mal la noticia de la enfermedad de su madre. En enero de 1877, Celia visitó a su hermana por última vez, pidiéndole que cuando llegase al Cielo, le pidiese a Nuestra Señora corregir la conducta de María Leonia. Ante la inminente muerte de su tía, María Leonia pidió ayuda a su hermana María Luisa para escribir una carta a Sor María Dositea diciendo: “Mi querida tía, cuando llegues al Cielo, ¿podrías pedir al buen Dios, que si es su Voluntad, me conceda la gracia de convertirme y también que me dé la vocación de transformarme en una verdadera religiosa?, porque pienso en ello cada día.” Al día siguiente, revisando la carta para ser enviada,

María Luisa no podía entender el sentido de convertirse en “...una verdadera religiosa...” por lo que preguntó a María Leonia acerca de su significado; María Leonia contestó diciendo: “Una verdadera religiosa es aquella que se hace santa y yo quiero convertirme en santa.”

El 24 de febrero de 1877 Sor María Dositea murió entre los grandes sufrimientos de la tuberculosis. La familia Martin fue a Le Mans para asistir a su entierro y para rendir sus respetos a la hermana de Celia. Ésta seguía confiando que por la intercesión desde el Cielo de Sor María Dositea la conducta de María Leonia cambiaría. Un par de semanas más tarde, el cambio en María Leonia se hizo evidente y su carácter mejoró, estableciéndose una nueva relación entre madre e hija. Celia describe esta situación a su hermano Isidoro en una carta: “... No puedo menos que pensar que esta transformación es debida a la intercesión de nuestra hermana Sor María Dositea desde el Cielo, porque todo cambió a las dos o tres semanas después de su muerte. Es debido a ella, que yo tuve la gracia de comprender cómo actuar con María Leonia ganando su afecto, y espero que Dios me permitirá acabar mi tarea que está lejos de estar acabada...”

La salud de Celia empezó a decaer. Celia no sólo cuidaba su casa, sino que también dirigía su fábrica de encajes, además de tener que educar a María Leonia. Gracias a Dios, María Leonia era ya un alma dulce y dispuesta que dejó que su madre le enseñase a cambiar su vida a mejor. Sus relaciones empezaron a fructificar y se volvieron inseparables. María Leonia ayudaba a su madre con los encajes y ella le enseñó a María Leonia acerca de la amabilidad, generosidad, sacrificio y la resolución de complacer sobre todas las cosas al buen Jesús. María Leonia permaneció al lado de su madre hasta el final.

Celia murió el 28 de agosto de 1877 y Luis cumplió la promesa que le había hecho, vendió su casa y se trasladó con su familia a “Los Buissonnets” (Los Bosquecillos), situada en la localidad de Lisieux, para estar cerca de Isidoro Guerin, hermano de Celia, y su esposa Elisa María Celina y familia. Después de la muerte de su madre, María Leonia siguió evolucionando positivamente, desarrollando un gran afecto por su familia y por otros. Este cambio era notado por todos, especialmente por su hermana María Luisa, que sentía que era su madre desde el Cielo la que estaba ayudando a María Leonia. Su padre, siempre que la mencionaba, la llamaba “mi buena María Leonia”.

Una de sus profesoras se sorprendió mucho al ver qué delicados eran sus sentimientos expresados en composiciones escritas para clase. María Leonia se esforzaba por expresar su amor hacia los demás, haciendo pequeños sacrificios por el prójimo. Acabó sus estudios el día 1 de octubre de 1881. Más tarde volvería a visitar a sus profesores en numerosas ocasiones.

En esa época, las ayudas para los indigentes eran muy escasas, por lo que la familia se dedicaba a atender a los pobres en su casa de Los Buissonnets, dándoles comida, ropa y dinero, no teniendo ningún problema en mostrar su amor a los más necesitados. María Leonia seguía el ejemplo familiar, y en el caso de una anciana desahuciada, sin familia ni amigos, ella se encargó personalmente de cuidarla en sus últimas horas y de preparar su cadáver cuando murió. María Leonia también tenía actos de amor hacia su familia, teniendo pequeños detalles con sus hermanas pequeñas, como regalarles sus propias muñecas para jugar con ellas. Sus relaciones con ellas eran muy buenas.

En octubre de 1886, María Luisa decidió también ingresar en el convento de las carmelitas de Lisieux, donde María Paulina había entrado en 1882. En esta misma época, María Leonia fue a visitar el convento de las clarisas en Alençon; habló con la Madre Superiora y, para asombro de la familia, entró inmediatamente en el convento. Esta fue la primera vez que intentó la vida religiosa. La regla de las clarisas fue muy dura para ella, por lo que tuvo que abandonar el convento después de ocho semanas. Sor Inés de Jesús confortó a su padre diciéndole que un día María Leonia sería monja.

En las primeras semanas de julio de 1887, María Leonia quiso seguir los pasos de su querida tía Sor María Dositea, e ingresó en el convento de la orden de la Visitación en la ciudad de Caen. Desgraciadamente, este intento estaba llamado al fracaso debido a su mala salud, por lo que tuvo que renunciar a su intento, y volvió a casa con el corazón partido el 6 de enero de 1888. Ese mismo año, la hermana más joven, María Francisca Teresita, entró en el convento de las carmelitas de Lisieux.

A fines de 1888 y principios de 1889, la salud de Luis fue empeorando. Había sufrido previamente un par de pequeños derrames cerebrales, por lo que empezó a quedar desorientado y a veces a perderse cuando



estaba solo. El 12 de febrero de 1889, se tomó la decisión de enviar a Luis al hospital psiquiátrico Bon-Sauveur. Una vez a la semana, María Celina y María Leonia viajaban a Caen a ver a su padre y a las monjas del convento de la Visitación, dónde María Leonia aún confiaba convertirse en monja. Después de tres años, al quedar San Luis José parálítico, volvió a Lisieux para ser cuidado por las dos hijas.

El 23 de junio de 1893, María Leonia viajó a Caen para asistir a un retiro en el convento de la Visitación de Caen, dónde se acercó a la Madre Superiora para solicitar su ingreso en el convento. La Madre Superiora dio su consentimiento, como también lo había hecho su tío Isidoro, por lo que María Leonia pudo volver al convento, siendo éste su tercer intento de vida religiosa. Todas sus hermanas se alegraron con María Leonia, porque sabían que tenía la gran virtud de la humildad. El 6 de abril de 1894, María Leonia recibió el hábito y su nombre de religiosa, que era entonces Sor Teresa Dositea. María Celina asistió junto a sus primas a la ceremonia. Mas a principios de la primavera de 1895, fue elegida una nueva Madre Superiora del convento de la Visitación de Caen que entendía la Regla de una manera muy diferente a su predecesora, por lo que endureció la observancia de la Regla. Los peores temores de María Leonia se cumplieron cuando se le pidió dejar el convento, junto con otras novicias, por no ser capaces de seguir la Regla en su más estricta observancia. Mientras tanto, su padre San Luis José había fallecido santamente el 29 de julio de 1894, en presencia de su hija María Celina. Y María Celina había ingresado en el convento carmelitano de Lisieux el 14 de septiembre de ese mismo año. Al volver María Leonia a Lisieux, fue recibida por sus tíos Isidoro y Elisa María Celina en su casa.



Desde su convento, Santa Teresita continuó comunicando a su hermana María Leonia sobre la manera de perfeccionarse, y le aconsejaba cómo conducirse. Esta relación no era nueva, ya que Santa Teresita, antes de ser monja carmelita, la había ayudado y le había enseñado cómo distanciarse de las cosas materiales, tarea difícil para todo el mundo. María Leonia aceptaba la autoridad de Santa Teresita sobre ella y seguía sus consejos. Santa Teresita le dijo: “No te faltan los pequeños sacrificios, querida María Leonia, ¿No está tu vida hecha de ellos? Me alegra ver tan gran tesoro delante de ti, especialmente cuando me doy cuenta de que sabes cómo aprovecharlos, no sólo para ti, sino para todas las demás almas.”

Desde su convento, Santa Teresita continuó comunicando a su hermana María Leonia sobre la manera de perfeccionarse, y le aconsejaba cómo conducirse. Esta relación no era nueva, ya que Santa Teresita, antes de ser monja carmelita, la había ayudado y le había enseñado cómo distanciarse de las cosas materiales, tarea difícil para todo el mundo. María Leonia aceptaba la autoridad de Santa Teresita sobre ella y seguía sus consejos. Santa Teresita le dijo: “No te faltan los pequeños sacrificios, querida María Leonia, ¿No está tu vida hecha de ellos? Me alegra ver tan gran tesoro delante de ti, especialmente cuando me doy cuenta de que sabes cómo aprovecharlos, no sólo para ti, sino para todas las demás almas.”

El 2 de julio de 1897 fue la última vez que María Leonia vio en esta vida a Santa Teresita, que pronto sería trasladada a la enfermería al agravarse su enfermedad. Todo lo que Santa Teresita decía fue escrito y enviado a María Leonia. Santa Teresita le escribió su última carta el 17 de julio diciendo: “Si quieres ser una santa, será fácil porque en lo profundo de tu corazón el mundo no significa nada para ti... Quiero decir, que mientras tú te entregas devotamente a trabajos externos, tú sólo tienes un fin, agradar a Jesús y unirse más íntimamente con Él.” María Leonia seguía con el deseo de su infancia de llegar a ser santa. Pidió a su hermana Santa Teresita que, desde el Cielo, intercediese ante Dios para que la ayudase a convertirse en santa.

El libro “Historia de un alma” fue publicado en 1898. Su lectura dio a María Leonia nuevas esperanzas respecto a su propia vocación religiosa, por lo que ingresó de monja por cuarta vez, ya definitivamente, en el convento de la Visitación en Caen el 28 de enero de 1899. Esta vez recibió el nombre de Sor Francisca Teresa, y el 2 de julio de 1900, hizo su profesión religiosa como monja visitandina, en las Religiosas de la Visitación o Salesas, orden fundada en 1610 por el Obispo San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal para instrucción de la juventud femenina y diversas obras de caridad.

El proceso de canonización de Santa Teresita evolucionó rápidamente, y en abril de 1915 tuvo lugar el segundo examen de las virtudes, requerido en el proceso apostólico. El examen tuvo lugar en el convento carmelitano de Lisieux. Para su gran gozo, Sor Francisca Teresa y su Madre Superiora viajaron a dicho convento. Sor Francisca Teresa no había visto a sus hermanas durante 17 años. Fueron ocho días de gran alegría para ella por la bendición que significó ver a sus queridas hermanas y ver donde Santa Teresita había vivido y trabajado. Sor Francisca Teresa dijo: “Mientras estábamos sentadas en los peldaños del Carmelo, era como si nada hubiera cambiado. Como si estuviésemos juntas en Los Buissonnets de nuevo.” Cuando llegó el momento de dejar el convento carmelitano, Sor Francisca Teresa tuvo que despedirse otra vez de sus hermanas; esta vez sería para siempre, hasta que se volviesen a ver en el Cielo. Las hermanas carmelitas prepararon una canción de despedida que fue un regalo muy emocionante para ella. Sor Francisca Teresa fue una ferviente discípula del Caminito de Santa Teresita.

A finales de su vida, la salud de Sor Francisca Teresa empeora, y escribe a la Madre Inés de Jesús cómo se siente al no poder continuar con sus obligaciones en el convento, una de las cuales era cantar en el coro. La Madre Inés de Jesús le contesta: “Oh, no consientas en el decaimiento, mi pequeña hermana, Sor Francisca Teresa. Todo está bien si tu corazón es el que canta incesantemente a Dios. Recuerda siempre que viste la mano de Teresita sobre tu breviario y piensa que si éste se cierra es para abrir más tu corazón.” A fines de mayo, empezó a mejorar. La Madre Superiora aprovechó esta oportunidad para celebrar el cumpleaños de Sor Francisca Teresa, así como el 40º aniversario de su profesión, todo lo cual fue celebrado el 3 de junio de 1941. Uno de sus regalos fue un mensaje del Papa San Pío XII: “La ocasión del 40º aniversario de profesión religiosa de nuestra querida hermana en Jesucristo, Francisca Teresa de la Visitación de Caen, es una bendición para todos, y, por la intercesión de su bendita hermana Santa Teresita, imploramos para ella la gracia de la más alta santificación en la más ferviente humildad.” Cuando la celebración llegó al final, Sor Francisca Teresa tuvo que volver a la enfermería. Las hermanas llenaron los pasillos del convento con los versos “Por tu dulce manera guíanos, rezamos, Teresita, al Cielo, al Cielo, al Cielo”. Sor Francisca Teresa estaba llena de alegría y felicidad por la celebración.

El 12 de junio de 1941, Sor Francisca Teresa tuvo una hemiplejia y fue encontrada en el suelo inconsciente. El 16 del mismo mes falleció santamente a la edad de 71 años. Y, a pesar de la ocupación alemana, mucha gente acudió al entierro.

Declarada Venerable Sierva de Dios el día 29 de septiembre de 2017 y canonizada el día 30 de septiembre de 2017 por Su Santidad el Papa Pedro III.



4.- Santa Genoveva de la Santa Faz (María Celina Martin)

El día 28 de abril de 1869, nació María Celina Martin en Alençon, Normandía, Francia, en la casa familiar de sus padres San Luis José Martin y su esposa Santa Celia Guerin de Martin. Fue bautizada privadamente en casa ese mismo día y posteriormente en una iglesia local. Al nacer cada uno de sus hijos, la madre oraba así: “Señor, concédeme la gracia de que este niño se consagre a Ti, y que nada manche la pureza de su alma. Si algún día se hubiera de perder, prefiero que le lleses sin demora.” María Celina fue la séptima de los nueve hijos nacidos a sus padres.

Cada mañana, Celia tenía la costumbre de levantarse temprano para asistir a Misa. Humilde de corazón, Celia suplicaba a Nuestra Señora por los hijos que Dios le había dado, pidiendo que un día llegaran a ser santos.

En una carta de fecha abril 1874, Celia cuenta el progreso de María Celina con cinco años: “Tiene una disposición vivaracha, y aprende rápidamente.” Celia le enseña a hacer pequeños sacrificios para fortalecer su carácter. “María Celina está inclinada a la virtud, está en cada fibra de su ser. Ella es el alma de candor, y tiene un horror instintivo hacia el mal,” decía su madre, viendo en María Celina una gran consolación ante sus preocupaciones de tener que criar hijos que no mostrasen gran virtud y piedad. María Celina fue la respuesta a sus oraciones. María Celina estaba muy atenta a los encargos de su madre, y los aceptó al punto sin resistencia o titubeo, obediéndola por amor.

María Celina y Teresita, inseparables, se unieron a su madre en la oración de la mañana así como antes de acostarse. Años después, María Celina escribió: “Considero como la gracia más grande de mi vida el haber tenido padres cristianos y haber recibido de ellos una educación íntegra que no daba lugar a pequeñas vanidades. En nuestra casa no había nada dedicado al mundo material. El único altar era el de Dios solo, y si algunas veces los sacrificios parecían austeros, siempre con el tiempo me gocé de su maravilloso perfume.” Fue un sufrimiento muy grande para toda la familia cuando la santa madre murió de un cáncer, el 28 de agosto de 1877.

Después de una larga preparación, hizo su Primera Comunión el 13 de mayo de 1880, y dijo: “Con gozo inenarrable recibí a mi Amado. Le había esperado durante mucho tiempo. Le pedí apiadarse de mí, protegerme siempre, y nunca permitir que yo le ofenda; entonces le di mi corazón para siempre y le prometí que yo sería enteramente suya. Me sentí segura de que se había dignado aceptarme como su pequeña esposa y de que sería mi Protector; sentí que Jesús me había tomado bajo su protección y que siempre me preservaría de todo mal.” Con entrega total, María Celina también se consagró a María Santísima: “Oh, qué felicidad tuve al decir aquellas palabras en presencia de todos, para entregarme irrevocablemente a mi Madre

en el Cielo a quien amaba con ternura incomparable. Me parece que, al aceptar la consagración de esta pequeña huérfana arrodillada a sus pies, me adoptó como su propia hija.”

La hermana mayor, María Luisa, le enseñó una manera de contar sus actos o prácticas de las virtudes. María Celina, valiente como era en sus estudios, se destacó también en esto, y había días en que llegó a contar veintisiete “actos de virtud”. Los domingos, la familia iba a la Misa solemne. Durante la semana, asistían a la Misa temprana, sin tener en cuenta el tiempo que hacía. Las dos hermanas mayores ingresaron en el convento carmelitano de Lisieux, María Paulina el 2 de octubre de 1882 y María Luisa el 15 de octubre de 1886.

En aquella época la Comunión frecuente no estaba generalizada, pero María Celina consiguió permiso para comulgar todos los días, para así satisfacer sus deseos de entregar su corazón a Jesús y María. La ambición de María Celina de ser monja fue firme aun desde temprana edad; eso era, según ella, su destino. Incluso su hermana Teresita, cuatro años más joven que ella, observó en María Celina una intensificación de la atracción que sentía hacia la vida religiosa. En sus conversaciones con Teresita sobre la vida religiosa, pronto se dio cuenta de que Teresita también quería ser monja e ingresar en el convento cuanto antes. Su entrada en el Carmelo era para ambas una manera de mostrar a Dios sus deseos de unirse con Él. Como María Celina ya tenía la doble responsabilidad de cuidar tanto a su padre anciano como la casa,



generosamente cedió ante el deseo de Teresita de ingresar la primera. Dijo María Celina: “El amor a Dios era tan intenso en mi corazón, que sin poder encontrar nada que me diera el menor alivio a esta necesidad que tenía de dar, estaba contenta de sacrificar todo lo que tenía más caro en este mundo... Como Abrahán, me ocupé con la preparación del holocausto, y ayudé a mi hermana en todos los pasos que hizo para ganar el permiso para ingresar en el Carmelo.” Cuando llegó el día, 9 de abril de 1888, le fue muy difícil despedirse de ella, y escribe: “Tuve que apoyarme temblorosa contra la pared, mas no lloré. Quería darla a Jesús con todo mi corazón; y Él, en cambio, me revistió de la fortaleza suya. ¡Oh, cuánto necesitaba de esa fortaleza divina!”

María Celina y su hermana María Leonia asistieron y ayudaron a las celebraciones de sus tíos Guerin. Era una oportunidad para salir y conocer gente, y también asistieron a bailes. Al no haber ya la influencia directa de Teresita, debido a su ingreso en el Carmelo, surgió una propuesta de matrimonio para María Celina, sin que ella jamás hubiera pensado antes en casarse. Pensó que quizás esta propuesta, que vino justamente después del ingreso de Teresita, podía ser una indicación de la voluntad de Dios para ella. Ante el dilema, oró mucho, sin que recibiese señal alguna del Cielo sobre qué debía hacer. Pero con las oraciones de su hermana Santa Teresita y los consejos de un Sacerdote, María Celina rechazó la propuesta y siguió su camino hacia la vida religiosa.

Durante estas pruebas, María Celina había avanzado en sus habilidades artísticas. Su padre le ofreció enviarla a la academia para perfeccionar sus talentos. Pero al punto ella se opuso, temiendo que las tentaciones del mundo podrían sofocar su vocación religiosa. Esta fue la oportunidad para comunicar a su padre que ella también quería ser religiosa. Cuando Luis se dio cuenta de que el deseo de su hija era del todo serio, lo vio como la voluntad de Dios para ella como para cada una de sus hijas. Así que, después de su conversación, Luis y María Celina fueron al Santísimo Sacramento para agradecer a Dios por la gracia que había conferido a su familia, de que todas sus hijas fueran religiosas. Y ahora Luis no quería ser una carga para ella, reteniéndola en casa a su lado. Pero María Celina se quedó con él hasta el final.

Isidoro Guerin encargó a un buen artista ayudar a María Celina a perfeccionarse en la pintura. Pintó para su padre un cuadro de la Santísima Virgen que inspiraba mucha devoción. Al terminar María Celina de hacer una novena a San José para alcanzar la conversión de una de las sirvientas, ésta vino y le confesó: “Soy una miserable desgraciada; durante muchos años he estado apartada de Dios, he cometido sacrilegios, pero quiero cambiar. Es sólo ahora, al mirar el cuadro de María Santísima, que mi corazón se derritió como cera.”

Por este tiempo María Celina se encontraba tan abrumada al tener que presenciar las humillaciones de su padre enfermo de muerte, de encargarse del hogar y, además, preocupada por su futura vocación, que sentía

que no podía soportar el peso; entonces se le apareció la Santísima Virgen sonriente, que así le infundió fortaleza.

El día 29 de julio de 1894, San Luis Martín murió a causa de una crisis cardíaca, siendo asistido por María Celina. La pérdida de la presencia inmediata de su padre fue sentido por María Celina de muchas maneras. Ya no tenía su protección ante los placeres mundanos. Conviviendo con la familia Guerin, María Celina fue probada más de una vez. Aunque ya no había propuestas matrimoniales, había otras tentaciones cuando los Guerin tenían sus invitaciones. Y cuando María Celina se sentía peligrar ante las tentaciones, se apartaba de la celebración y se retiraba a su habitación. Allí se postraba ante la imagen de Nuestra Señora para pedir su protección. María Celina aconsejó a su prima María Guerin en sus dudas y dificultades, y la animó a superar los obstáculos que se oponían a su deseo de hacerse religiosa, lo que tuvo su fruto después cuando María ingresó en el mismo Carmelo de Lisieux el día 15 de agosto de 1895. María Guerin recibió el nombre religioso de Sor María de la Eucaristía.

Ya era hora que María Celina cumpliera con su destino y se uniera a sus tres hermanas monjas en el Carmelo, aunque primero tendría que enfrentarse con cierta oposición, como explicó en una carta a Teresita desde Caen, donde estaba pasando unos días con la familia Guerin en casa de sus primos La Néele: «Juana y Francisco están de uñas contra mí y usan un lenguaje lleno de amargura. Me reprochan un montón de cosas, y cuando María les tapa la boca encuentran otro motivo de reproche. Lo primero que dicen es que no tengo vocación, que mi destino es ser madre de familia, que tendría que haber hablado mucho antes sobre mi inclinación a la vida religiosa, que soy una alocada al decidirme tan deprisa, que si se me presentase un buen



partido lo aprovecharía, que es por una cabezonada y por desesperación por lo que entro en un convento, etc. Luego se meten con vosotras: que sois unas acaparadoras y que vosotras y yo hemos perdido muchos puntos en su estima, etc. Después, que soy una ingrata, ¡irme tan rápido tras la muerte de papá!, que tendría que terminar el luto en el mundo, madurar en él mi vocación y dedicar al menos un año a mis tíos por sentido de gratitud, etc., etc. Es el nunca acabar..., y no alcanzo a decirte lo enfadados que están. Nunca pensé que mi vocación, tan probada ya, fuese a encontrar tan violenta oposición. Tengo 25 años, ya sé lo que hago, y nunca di señales de inclinarme hacia el matrimonio. Hubieran debido adivinar que, inmediatamente después de la muerte de nuestro padre querido, mi primera preocupación sería la de orientar mi vida, en vez de reprochármelo. En fin, ¡tendrá que ser así! ¡Pero son despiadados con las almas que se consagran a Dios! Es como si para ellas todos los sufrimientos y todos los desprecios fueran pocos. Por eso Juana preferiría verme en Jerusalén que en Lisieux».

Santa Teresita, en agosto de 1894, le contesta: «No me extraña la tormenta

que ruge en Caen. F. y J. han escogido un camino tan distinto del nuestro, que no pueden comprender la sublimidad de nuestra vocación. Pero el que ríe último, ríe mejor. Después de esta vida de un día, comprenderán quiénes fueron los más privilegiados, si nosotras o ellos». Por fin ingresa María Celina, el día 14 de septiembre de 1894. La primera instrucción que Santa Teresita, entonces maestra de novicias, dio a su hermana, fue sobre la humildad: besar el suelo cada vez que entraba en su celda. “Lo que produce este ejercicio de humildad en tu alma, sólo los años de práctica darán prueba que nuestro Carmelo tiene todos los secretos de la perfección.” La mayoría de las nuevas vocaciones que han vivido más tiempo en el mundo, traen consigo las “cicatrices” que el mundo produce. A los veinticinco años, María Celina no tenía ninguna. Pero tuvo que superar otras dificultades: muchas veces no pudo dormir por lo incómoda que era su cama, otras veces fue reñida por caerse dormida durante las oraciones, y tardó casi un año en acostumbrarse a la comida. Antes de ingresar comulgaba diariamente, y ahora tuvo la pena de que en aquella época las carmelitas sólo podían comulgar tres o cuatro veces a la semana.

El día 5 de febrero de 1895, María Celina toma el hábito y es novicia. Ella recuerda la ceremonia en estas palabras: “Recibí la gracia especial de una unión íntima con mi Amado; no vi nada de lo que pasaba a mi alrededor. La presencia del Obispo, los muchos clérigos, la cantidad de visitantes, todo desapareció ante mis ojos, estaba sola con Jesús... cuando de repente se me rompió el silencio interior con el canto de Completas, que fue animado y lleno de espíritu. El coro entonó un salmo y entendí su significado; cada palabra caló en mi alma como prenda de la sagrada promesa hecha por mí a Quien ya había unido mi vida.”

Como religiosa, María Celina recibió el nombre de Sor Genoveva de la Santa Faz, y como bendición le dieron reliquias de la fundadora del Carmelo de Lisieux, la venerada Madre Genoveva de Santa Teresa.

Al principio de su vida religiosa, Sor Genoveva sólo tenía como guía lo que había aprendido fuera del Carmelo. Pero dentro de los muros del Carmelo, los obstáculos se enfrentan de una manera completamente distinta. Sor Teresita dijo a Sor Genoveva: “¡Apoyarte en lo que el mundo te ha enseñado es como apoyarte en un hierro incandescente! ¡Deja su huella! Hay que rendirse en todo a Dios ciegamente.”

El 3 de febrero de 1895, Sor Genoveva se consagró plenamente a la “Señora de la Casa”, la Virgen María. Fue un paso fácil para ella, por su profunda devoción a la Virgen María. También suplicó la protección de San Miguel, de San Elías y de San Juan Bautista.

La elaboración por Santa Teresita de su “Caminito” había llegado a un punto culminante: el día 9 de junio de 1895, después de la Misa, las Hermanas Teresita y Genoveva acudieron a la Priora, Madre Inés de Jesús, y pidieron permiso para ofrecerse como “víctimas al Amor Misericordioso”. La Madre Inés dio su permiso sin entender plenamente lo que le pedían. Santa Teresita entendía claramente cómo Jesús anhela vivamente ser amado, y llevó a Sor Genoveva a realizar con ella “el Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso”. En la celebración de la profesión de Sor Genoveva el 24 de febrero de 1896, Sor Teresita compuso un contrato de desposorio entre su hermana y Jesús con el lema: “Olvidarse de una misma para encontrar a Dios”. Poco después de su profesión, fue la fecha de su toma del velo, 17 de marzo de 1896.

La noticia de la enfermedad de Sor Teresita fue un duro golpe para Sor Genoveva. Supo que sólo un milagro de Dios podía curarla. Sor Teresita era su íntima compañera y confidente, y acudía a ella en cada dificultad. Sor Teresita llamaba tiernamente a Sor Genoveva de la Santa Faz, su María Celina, “el dulce eco de mi alma”. Llegó septiembre de 1897, el último mes de Santa Teresita en la tierra, y comentó a ella: “La gente no podrá entender cómo nos hemos amado tanto.” Y Santa Teresita respondió: “No hace falta que la gente lo crea, lo importante es que así es.” Días después, Santa Teresita le aseguró que siempre la protegería. En su lecho de muerte, al pronunciar sus últimas palabras, se vuelve hacia Sor Genoveva y le dirige su última mirada, la bendición que tanto deseaba. Más tarde en su vida, Sor Genoveva comentó: “El recuerdo de esa última mirada, tan deseada,... me sostiene siempre, y es una fuente inexpresable de fortaleza para mí.”



Sor Genoveva tuvo el puesto de sacristana, cuidando todo lo relacionado con la Capilla. Fue un trabajo muy querido de su corazón y puso gran empeño en cumplirlo bien.

Desde el año 1899, Sor Genoveva sufrió muchas tentaciones contra la castidad. No importaba cuántas oraciones hacía, las tentaciones seguían, pero ella se mantuvo firme y se aferró a Dios. Puso sus esfuerzos en salvar almas, ya que salvar una sola significaba para ella más que sufrir las tentaciones. Como dijo ella: “El deseo de salvar almas era como una obsesión... Esta fue la esperanza que me dio ánimo.” Los ataques duraron más de dos años.

La foto de la Sábana Santa hecha en 1898 cautivó a Sor Genoveva; la estudió muy detenidamente y en 1904 pintó una reproducción de la Santa Faz, profundizando en sus sufrimientos y pidiendo insistentemente la ayuda de la Santísima Virgen y de San José. Al terminar el retrato, lo ofreció a María Santísima, y comentó: “¡Con cuánto amor he pintado la Santa Faz!” El Papa San Pío X se alegró cuando lo vio y le mandó una medalla conmemorativa. El cuadro

recibió el gran premio en la exposición internacional de arte religioso de 1909.

En 1910, cuando abrieron el proceso diocesano, las hermanas de Santa Teresita tuvieron que testificar sobre su vida. Sor Genoveva hablaba continuamente del “Caminito”, algo desconocido hasta entonces. El Promotor de la Fe le pidió no usar ese nombre porque podía perjudicar la causa, y temía que por ello se cerrara bruscamente. Pero Sor Genoveva insistió en usarlo, diciendo: “Si lo rechazan, queda rechazado; pero ya que he jurado decir la verdad, debo dar testimonio de lo que he visto y oído, pase lo que pase. Sor Teresita practicó las virtudes sencillas y escondidas, y hay que acostumbrarse a eso.” En agosto de 1921, el Papa San Benedicto XV se dirigió a todos los fieles recomendando “el Caminito de la Infancia Espiritual” y las

virtudes de Sor Teresita. Sor Genoveva dijo: “Nunca he sentido un gozo tan grande y tan profundo. Ni siquiera la beatificación y canonización me causaron tanta alegría.”

Con el interés en la vida de Santa Teresita siempre en aumento, el Obispo de Bayeux, después de leer su autobiografía, pidió a Sor Genoveva que escribiese un librito sobre su hermana. En él describe la vida de Teresita antes de entrar en el Carmelo y las virtudes que practicaba. La última parte fue cómo llevó su enfermedad y cómo murió. Luego, juntamente con la Madre Inés de Jesús, siguieron otros libritos: el “Pequeño Catecismo del Acto de Oblación”, “El Caminito”, “Vida en imágenes” con fotos de la vida de Santa Teresita. Sor Genoveva se encargó de catalogar todo lo que había sobre Santa Teresita desde su vida de niña hasta el proceso de canonización. La información que reunió y organizó culminó en un libro con el título “El Espíritu de la Beata Teresita del Niño Jesús” en donde expresaba su amor a Dios. Sor Genoveva trabajó intensamente en adquirir las casas ocupadas por la familia Martin, organizándolas de manera que reflejaran la vida de Teresita, abriéndolas para los peregrinos. Desde las casas de la familia hasta la imponente tarea de la Basílica de Santa Teresita de Lisieux, se preocupó de cada detalle, examinándolo todo antes de proceder. En 1929, se puso la primera piedra de la Basílica. El Papa San Pío XI envió al Cardenal Pacelli a Lisieux para la bendición solemne de la Basílica el día 11 de julio de 1937. Al día siguiente, el Cardenal fue a visitar a las tres hermanas en el Carmelo. Tuvo una conversación con Sor Genoveva, en la que hizo eco de las palabras sobre la misión de Santa Teresita, la “Infancia Espiritual y el Caminito”. Fue una bendición escuchar así las palabras que María Celina siempre había asimilado desde el principio. Pidió al Cardenal Pacelli posar para un retrato, y le dijo que tenía el presentimiento de que él sería el próximo Papa, a lo que el Cardenal contestó: “Pide más bien que tenga yo la gracia de una feliz muerte; eso para mí es más precioso. Que el Buen Dios me reciba con misericordia y bondad en aquel momento supremo.” Dos años más tarde se cumplió la profecía, cuando fue elegido Papa y tomó el nombre de Pío XII.



Sor Genoveva nuevamente reanudó su trabajo de escritora, y también de pintora, pintando más retratos de Santa Teresita. En todos sus trabajos siempre primero investigaba a fondo, buscando incansablemente en los archivos. Sor Genoveva nunca acabó de aprender. En sus escritos, se nombra como “la Reina de los imperfectos”. “Mi reino es extremadamente extenso, y tengo miríadas de súbditos, pero, hagan lo que hagan, no pueden sobrepasar a su reina...” ¡La imperfección! También meditaba en las palabras de Santa Teresita: “Basta humillarse, soportar las propias imperfecciones con suavidad. Esto es nuestra verdadera santidad.” La virtud que Sor Genoveva más valoraba era la humildad, e insistentemente pidió a Dios esta virtud. Dijo: “Sólo deseo una cosa, y es que Dios tenga

misericordia de mí; y eso sólo es posible cuando uno está en la miseria.” Varias veces ocurrió que había vacantes en los puestos importantes en el convento, pero siempre la pasaron por alto. En todo fue una lección de humildad. Sor Genoveva decía: “Si nuestra Madre Priora no piensa en mí, es porque tengo faltas que no veo. Debo someterme sin entender.” “El que pierde gana” fue el lema con que vivía.

En octubre de 1935, Sor Genoveva describió su unión con María Santísima: “Me sentí inefablemente unida a mi Madre Celestial; experimenté un indefinible sentimiento de su presencia que no me atrevo a expresar. Me parecía que la Santísima Madre está aquí con nosotros, que es mi Hermana, mi Amiga, que hay una familiaridad entre nosotras como la de una familia. ¡Oh, qué agradable pensarlo! Es la tercera vez en mi vida que mi Madre Celestial me visita en vísperas de la fiesta de su Maternidad Divina.”

Al enfermar la Madre Inés de Jesús, Sor Genoveva quedó encargada del apostolado relacionado con Santa Teresita. Las relaciones entre la Madre Inés de Jesús y Sor Genoveva eran muy íntimas. Le dijo: “Amo a mi María Celina más que cualquier otra cosa en la tierra, y qué sería de mí si no te tuviera a ti.” El día 28 de julio de 1951, falleció santamente la Madre Inés de Jesús, con Sor Genoveva y la comunidad a su lado.

Aunque Sor Genoveva era ya octogenaria y había tenido muchas enfermedades como reumatismo, ciática y gota, todavía seguía luchando, exponiendo la “Infancia Espiritual” de su santa hermana, e interpretando y

definiendo el sentido del “Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso”. Y seguía luchando contra muchos de los autores que escribían libros que disminuían o desviaban la pureza del mensaje de Santa Teresita ante los devotos. La infancia espiritual fue el centro de la vida de Sor Genoveva y la vivía diariamente: “Ya que Dios es Amor Misericordioso, la miseria le atrae y engendra un mar de gracias. Basta que lo reconozcamos, lo aceptemos, lo amemos, y no dejemos de ofrecer al Señor nuestros esfuerzos ineficaces, que Él coronará en su tiempo, con una fe absoluta en el Amor Infinito.”

La fe en su unión con Dios la expresaba así: “Él es Padre para mí, y le amo con locura, con pasión... Mi único deseo es conocerle más y más, llegar hasta los últimos límites de este conocimiento en la tierra, y después en el Cielo..., y para hacer esto, siento la necesidad de llegar hasta los últimos límites de la humildad; que esto es por qué sigo suplicándola tan insistentemente. Este es el resumen de mi pobre alma.”

El día 24 de febrero de 1956, se celebraron 60 años de la profesión de Sor Genoveva. Hubiera querido evitarlo por todo el alboroto que ocasionaba. Al hablar ella, escogió el tema de la vocación religiosa: “A pesar de las pruebas que han marcado mi camino, muchas veces agudas, encuentro al final que Nuestro Señor no ha faltado a su promesa y que en dejar todas las cosas no sólo he encontrado cien por uno, sino más todavía, hasta mil por uno en gozo y paz interiores.” Siguió explicando, poniendo a Santa Teresita y a la Madre Inés de Jesús como ejemplos de verdadera alegría: “En sus más grandes dificultades, la paz del Cielo inundaba sus almas y las fortalecía; la verdadera felicidad fue su suerte en esta vida como lo es para todas las almas fervientes. Y hay muchas en nuestro claustro.”

Durante su última agonía, se asió al crucifijo con una mano y al rosario con la otra. No los dejaba de sus manos un instante. Cada minuto rezaba constantemente, aproximándose el crucifijo para besarlo. Podían oír la diciendo: “Oh mi Jesús, quiero amarte con todo mi corazón, hasta la locura, con toda mi fuerza; sí, con toda mi fuerza, hasta la locura...” Por la mañana del 25 de febrero 1959, cuando le faltaban dos meses para llegar a los noventa años de edad, Sor Genoveva se despertó, agravándose su estado. La Priora le dijo: “Será hoy, seguro”, a lo que contestó: “¡Hoy!” La última palabra que pronunció, y continuamente repetía fue: “¡Jesús!” A las 9 de la mañana la Priora y la comunidad comenzaron a rezar del Acto de Ofrenda al Amor Misericordioso, y Sor Genoveva, sin hablar, indicó que las seguía. Se la vio en estado de éxtasis que duró unos diez minutos. Y ya a las 9:25, entregó su alma a Dios.

Durante tres días, el cuerpo de Sor Genoveva fue puesto en el coro en donde varias miles de personas vinieron a darle el último adiós, incluso muchos del extranjero, deseando ver a la religiosa tan querida por sus hermanas, especialmente por Santa Teresita.

Declarada Venerable Sierva de Dios el día 29 de septiembre de 2017 y canonizada el día 30 de septiembre de 2017 por Su Santidad el Papa Pedro III.

5.- Santa María de la Eucaristía (María Guerin)

María Guerin nació en agosto de 1870 de sus padres Isidoro Guerin, hermano de Santa Celia Guerin de Martin, y su esposa Elisa María Celina. Tres años mayor que Santa Teresita, tuvo un alma fogosa en un cuerpo enfermizo y el temperamento de una artista, pues era excelente pianista y cantaba como un ruiseñor. Parecía turnarse entre lánguida y graciosa, según los cambios de humor y los vaivenes de su salud. Toda su vida fue marcada por la cruz pesada de los escrúpulos. Era inteligente y sobresalía en la escuela por sus estudios. Preparada con gran esmero por su propia madre para la Primera Comunión, la recibió el 2 de junio de 1881, y escribió más tarde: “Nadie mejor que yo para decir que en este día, el más hermoso de mi vida, Jesús me llamó a la vida religiosa y nos prometimos fidelidad.”

Santa Teresita, a los nueve años de edad, era alumna en la abadía, y se llevaba muy bien con María Guerin, como relata: “Otra cosa que también me gustaba era quedarme sola con mi prima María, lo cual sólo ocurría por casualidad: me dejaba a mí elegir el juego, y yo elegía alguno totalmente nuevo. María y Teresita se convertían en ermitañas, que no tenían más que una pobre cabaña, un pequeño campo de trigo y unas pocas legumbres que cultivar. Su vida transcurría en continua contemplación; o sea, una de las ermitañas reemplazaba a la otra en la oración cuando había que ocuparse de la vida activa. Todo se hacía con



tal armonía, con tal silencio y con un estilo tan religioso, que resultaba perfecto. Cuando nuestra tía venía a buscarnos para ir a dar un paseo, continuábamos el juego también en la calle. Las dos ermitañas rezaban juntas el Rosario, sirviéndose de los dedos para no exhibir su devoción ante un público indiscreto.”

El cumplimiento de su vocación, sin embargo, fue lleno de dificultades, por los temores que turbaban su conciencia, la gran sensibilidad que la hizo impulsiva, sus dudas, la falta de decisión, todo lo cual requería tiempo para resolver. Cuando Santa Teresita tomó el velo en 1890, por fin se decidió por la Orden Carmelitana. Escribe a Santa Teresita manifestando que se siente indigna, a la que ésta contesta: “María, si tú no eres nada, no debes olvidar que Jesús es Todo, por lo que debes perder tu nada en su infinito Todo y sólo pensar únicamente en este amable Todo... Tampoco debes desear ver el fruto de tus esfuerzos, ya que Jesús se complace en guardar estas pequeñeces que le consuelan para Sí solo.”

Cuando, en mayo de 1889, María le confesó a Santa Teresita que no comulgaba a causa de sus escrúpulos, que tenía tal lío en la cabeza que no acertaba a desenredarlo, y que estaba vacío su pobre corazón y lleno de tristeza, Santa Teresita le contestó: “Cuando el diablo consigue alejar a un alma de la Sagrada Comunión, lo ha ganado todo. ¡Y Jesús llora...! ¡Cariño!, piensa, pues, que Jesús está allí en el Sagrario expresamente para ti, para ti sola, y que arde en deseos de entrar en tu corazón... ¡Anda, no escuches al demonio, búrlate de él y vete a recibir sin miedo al Jesús de la paz y del amor...! No, es imposible que un corazón “que sólo encuentra descanso mirando a un Sagrario” ofenda a Jesús hasta el punto de no poderle recibir. Lo que ofende a Jesús, lo que hiere su corazón ¡es la falta de confianza...! Tu corazón está hecho para amar a Jesús, para amarlo apasionadamente. Pídele que los años más hermosos de tu vida no transcurran entre miedos quiméricos. No tenemos más que los breves instantes de nuestra vida para amar a Jesús. El diablo lo sabe muy bien, y por eso procura consumirla en trabajos inútiles... Hermanita querida, comulga con frecuencia, con mucha frecuencia... Este es el único remedio si quieres curarte. No en vano ha puesto Jesús esos deseos en tu alma.



No temas amar demasiado a la Santísima Virgen, nunca la amarás lo suficiente, y Jesús estará muy contento pues la Virgen es su Madre.” Esta carta provocó la admiración del Papa San Pío X, y le hizo adelantar el proceso de canonización de Santa Teresita, pues reconoció en ella la sublime doctrina sobre la Comunión frecuente.

La amplitud de vista de la Piora, Madre María de Gonzaga, permitió que María Guerin ingresara en el Carmelo en donde ya vivían sus cuatro primas de la familia Martin. Santa Teresita compuso su poema “Cántico de un alma que ha encontrado el lugar de su reposo”, para María Guerin a su entrada en el Carmelo el 15 de agosto de 1895, en la que hace alusión a la profunda aspiración de María Guerin de morir joven y a su fuerte atracción por la Eucaristía:

“¡Hoy rompes, Jesús, mis lazos! En la Orden de María podré hallar todos los bienes de verdad. Si abandono a mi familia entrañable, de tus celestes favores Tú la sabrás colmar. Y a mí el perdón me darás de los pobres pecadores.

“En el Carmelo, Jesús, debo vivir, pues tu amor a este oasis me ha llamado. Aquí te quiero seguir, amarte, y pronto morir. ¡Aquí, mi Jesús, aquí!

“En este día, Señor, colmas todos mis deseos. En adelante podré, cerca de la Eucaristía, inmolarme noche y día, inmolarme silenciosa, y esperar en paz y en calma tu llegada para el Cielo. Exponiéndome a los rayos de la Hostia Inmaculada, en esta hoguera de amor pronto me iré consumiendo, y te amaré, Jesús mío, como un serafín del Cielo.

“Cuando terminen, Señor, mis días aquí en la tierra, que será pronto, a la playa eterna te seguiré. ¡En el Cielo vivir siempre! ¡Amarte y nunca morir! ¡Para siempre! ¡Para siempre!”

Recibió el nombre religioso de Sor María de la Eucaristía, y tuvo como maestra de novicias a su prima Santa Teresita. El día 17 de marzo de 1896 recibió el hábito, y el 25 de marzo de 1897 hizo su profesión. La toma de velo de Sor María de la Eucaristía, el 2 de junio de 1897, fue para Santa Teresita la última fiesta familiar.

Santa Teresita dedica dos poesías más a su prima, la primera, “Sólo Jesús”, del 15 de agosto de 1896: El amor a Jesús solo es el programa que propone a la generosidad de Sor María de la Eucaristía, a medio camino entre el “descanso” del primer cántico que compone para ella y el violento “combate” del poema que

compuso para su profesión, el 25 de marzo 1897, “Mis armas”. Sor María de la Eucaristía es a la vez “angelito” y “mujer fuerte”, “niñito” y “valiente guerrero”, y el poema termina así: “Moriré sobre el campo de batalla, ¡las armas en la mano!”

Al principio Sor María de la Eucaristía entró con mucha ilusión en la vida religiosa según se la había imaginado. Sin embargo, demostrando cierta frivolidad, no se adaptó espontáneamente a una vida seria. Santa Teresita la regañaba, intentando dirigir un corazón demasiado sensible, corregir un comportamiento imprevisible, infundir la abnegación, el celo por las almas, la humildad en los pequeños conflictos de la vida en común. Pero la Hermana es encantadora, sincera, sonriente, y ¿no la había llamado Santa Teresita un día “un gran regocijo para hacer reír a las piedras”? Es conmovedor ver la firmeza con que la maestra moribunda se dirige a la novicia el día 11 de septiembre de 1897: “Tendrás que ser muy amable, muy amable: jamás dura, dura... Así que ayer heriste a Sor X... Momentos después lo hizo otra Hermana también. ¿Qué pasó? Lloró... Dos reproches tan próximos le dio gran tristeza, mientras que si hubieras sido amable, no hubiera pasado nada.” Santa Teresita, desde el Cielo, continuó su misión con Sor María de la Eucaristía, que ella reconoce al escribir a su madre en 1899: “... y mi Angelito me lleva por el camino de amor. No necesitas pensamientos altísimos para llegar al Cielo, necesitas amor, y todo mi retiro se basa en esta sola palabra. Mi Hermanita me está enseñando mucho sobre esto.”

Poco a poco sus padres se iban acostumbrando a la vocación de su hija, y reconocían el honor que es para los padres la vocación de un hijo. Escribió el Sr. Guerin: “Ya puedo morir, ya que dejo detrás de mí una lámpara brillante que nunca dejará de arder ante la Divina Eucaristía.” Y la señora de Guerin: “¡Qué bueno es Dios por haberme abierto los ojos y hacerme entender la vocación religiosa!”



El día 13 de febrero de 1900, Elisa María Celina Guerin falleció a la edad de 53 años. Su hija lo siente dolorosamente, ya que eran muy íntimas. Tres años después, la joven Carmelita se ve afectada por la tuberculosis, y tiene que aceptar ser dispensada del rigor de la Regla, aunque no sin dificultad. Durante los veintiún meses de purificación por la enfermedad, el sufrimiento en ella produce el fruto de abandono a la voluntad de Dios que la preparó para el Cielo. Para la Madre Inés era como si la historia se repitiese otra vez. El Dr. La Néele e Isidoro Guerin se vieron incapaces de contener el avance de la enfermedad; ni la ciencia ni las plegarias de la comunidad buscando la intercesión de Santa Teresita, impidieron su muerte.

Sor María de la Eucaristía falleció el día 14 de abril de 1905. Tenía 34 años y siete meses. “No tengo miedo de morir. ¡Oh, qué paz! No debe haber miedo de sufrir, Él siempre da fuerzas...” Murió después de clamar: “Mi Jesús, Te amo.” De las cinco novicias de Santa Teresita, ella fue la primera para unirse con ella en el Cielo. Bajo su influencia, había entrado en la legión de las

pequeñas almas víctimas del Amor Misericordioso y su oración la ayudó a enfrentarse con la muerte. Una de las religiosas presentes en su muerte comentó: “Después de haber visto morir a Sor María de la Eucaristía, ya no podíamos temer a la muerte.”

En un sueño, una Hermana oyó que Santa Teresita le decía: “Si oyes mi voz después de que Sor María de la Eucaristía muera, sabrás que está en el Cielo conmigo.” Al mismo tiempo que Sor María de la Eucaristía moría, esta Hermana escuchó la voz de Santa Teresita.

Declarada Venerable Sierva de Dios el día 29 de septiembre de 2017 y canonizada el día 30 de septiembre de 2017 por Su Santidad el Papa Pedro III.

6.- Santa Genoveva de Santa Teresa (Clara María Bertrand)

Santa Genoveva de Santa Teresa, en el siglo Clara María Radegunda Bertrand, nació el 5 de julio de 1805 en Poitiers, Francia.

La Madre Genoveva confió a Santa Teresita, por la amistad que las unía, algunos recuerdos de su juventud:

“Cuando yo era pequeña –tenía entonces unos tres años–, el Padre Beauregard venía a menudo, y un día, al momento de partir, me dijo que le parecía que desde ese mismo momento ‘Dios había posado su mano sobre mi cabeza’. Y no se equivocó. Reza por mí cuando me encuentre ante el que juzgará toda justicia.”

Desde niña supo practicar la virtud y llevar su cruz: Estando la joven Clara María Bertrand un día en casa de su maestra, quiso mirar por una ventana alta. Como era muy pequeña para llegar, subió como pudo. Pero no sabía que la gata de la maestra estaba en la parte de afuera de la ventana, durmiendo sobre una almohada. Así que, al subirse, la tiró y la gata cayó lejos con su cama. No se hizo ningún daño, pero algunas compañeras malintencionadas, felices de tener algo que contar a la maestra, corrieron a buscar la gata y le dijeron a la maestra que Clarita le había roto una pata tirándola deliberadamente por la ventana. Entonces la maestra le impuso a la pobre niña el castigo más severo que había en el internado y que consistía en cubrirse la cabeza con un sombrero penitencial. Clara soportó este castigo con una paciencia de ángel; no dijo nada para excusarse; únicamente, dijo: “Tenía mi corazoncito muy apenado, pero no dije nada en absoluto.”

Otro día subió a un gran armario buscando algo para sus muñecas. En cuanto Clara María bajó y apenas hubo dado un paso hacia un lado, cayó el enorme armario y se rompió con gran estrépito. Su madre llegó toda asustada, pensando encontrar aplastada a una de las niñas, pero su hija no tenía nada, ni siquiera un rasguño. Clara no podía menos que decir que, sin una ayuda de tipo extraordinario, el armario tenía que haber caído sobre ella y haberla matado.

Le gustaba enseñar el catecismo a los niños de la aldea. Comenzó con unos pocos, pero pronto corrieron la voz entre ellos, y tuvo a su alrededor todo un gran grupo de pequeños. Preparaba a los niños para su Primera Comunión, enseñándoles la práctica de las virtudes. La madre de una niña le dijo: “¡Ay!, Señorita, ¿cómo se lo voy a agradecer? Mi hija está irreconocible: ella, que antes no quería hacer nada, ahora busca la ocasión de ser servicial; ya no es la misma; yo no sé cómo lo ha hecho usted.”

La deleitaba mucho oír cantar a las Carmelitas. A menudo asistía allí los domingos a vísperas con su hermanito. Cuando nombraron Obispo al Padre Beauregard, tuvo que escoger confesor. El capellán del Carmelo, Padre Rochemontoux, era el confesor por el que ella se inclinaba; pero era joven, y Clara, que ya sentía vocación, se decía: “No tengo que elegirlo para confesor, pues mi anciana prima Teresa diría: ‘Esos



Sacerdotes jóvenes no valen más que para entusiasmar a las chicas y enviarlas a un convento.’ Mi prima tenía de confesor a un viejo canónigo de la catedral; sin embargo, fui a verla y le dije: ‘Querida prima, quiero pedirte un favor: que me escojas un confesor. – No, no, elige el que tú quieras, ya eres lo bastante mayor, y además libre. – Querida prima, tomaré el que tú me indiques.’ Estaba segura de que mi prima me orientaría hacia algún viejo canónigo de la catedral. Sin embargo, como no hacía nada sin antes aconsejarse, oyó hablar del capellán de las Carmelitas como de un joven santo, y cuál no sería mi sorpresa cuando me anunció que su elección había recaído sobre el Padre Rochemontoux. Yo disimulé mi alegría y simplemente le di las gracias. Ahora, pensé, ya no podrá hacerme ningún reproche cuando sepa lo de mi vocación.”

Clara fue por primera vez al Carmelo a la edad de diecisiete años, aunque no fue para pedir entrar entonces. Debía de tener alrededor de veinte años cuando se decidió su entrada; en el locutorio no dejó ver en lo más mínimo su emoción, pero cuando volvió a su habitación derramó un torrente de lágrimas.

En 1830, a los 24 años, ingresó en el Carmelo de Poitiers. “El día que se había fijado para mi entrada en el Carmelo, yo tenía que estar libre a las 6 de la tarde. Como había arreglado todos mis asuntos, mi confesor me dijo que, si quería, podía esperar al día siguiente. Pero yo le respondí: ‘Padre, ya que esta tarde quedo libre a las 6, entraré a las 6.’ Dime, hija mía, si no fue una buena inspiración: al día siguiente de mi entrada, recibí una carta de la residencia en la que mi hermano pequeño estaba de interno. Me decía que mi hermano estaba enfermo y que, con mis cuidados y el aire del campo, no tardaría en restablecerse. Así que, si no hubiese entrado aquella tarde del mismo día en que quedé libre, quizás habría perdido la vocación: los obstáculos que se sucedieron uno a otro me habrían hecho aplazar la fecha y tal vez habrían terminado por impedirme entrar en el Carmelo.”

“El día de mi profesión, por la mañana, me encontraba tan turbada, que pedí permiso para ir a hablar con mi confesor, y sólo por orden suya pronuncié los sagrados votos.” Este hecho fue un consuelo para Santa Teresita, pues también el día antes de hacer ella su profesión religiosa sucedió lo mismo: “Se levantó en mi alma la mayor tormenta que había conocido en toda mi vida. Nunca hasta entonces me había venido al pensamiento una sola duda acerca de mi vocación. Pero tenía que pasar por esa prueba. Por la noche, al hacer el Viacrucis después del rezo de Maitines, se me metió en la cabeza que mi vocación era un sueño, una fantasía. La vida del Carmelo me parecía muy hermosa, pero el demonio me insuflaba la convicción de que no estaba hecha para mí, de que engañaba a los superiores empeñándome en seguir un camino al que no estaba llamada. Mis tinieblas eran tan oscuras, que no veía ni entendía más que una cosa: ¡que no tenía vocación! ¿Cómo describir la angustia de mi alma? Me parecía (pensamiento absurdo, que demuestra a las claras que esa tentación venía del demonio) que si comunicaba mis temores a la maestra de novicias, ésta no me dejaría pronunciar los votos. Sin embargo, prefería cumplir la voluntad de Dios, volviendo al mundo, a quedarme en el Carmelo haciendo la mía. Hice, pues, salir del coro a la maestra de novicias y, llena de confusión, le expuse el estado de mi alma. Gracias a Dios, ella vio más claro que yo y me tranquilizó por completo. Por lo demás, el acto de humildad que había hecho acababa de poner en fuga al demonio, que quizás pensaba que no me iba a atrever a confesar aquella tentación. En cuanto acabé de hablar, desaparecieron todas las dudas. Sin embargo, para completar mi acto de humildad, quise confiarle también mi extraña tentación a nuestra Madre, que se contentó con echarse a reír.”

“Poco tiempo antes de mi toma de hábito, la buena de la Hermana costurera me llamó y me dijo: ‘Sor Genoveva, la voy a tratar como a *privilegiada*: mire qué capa le voy a dar.’ Y sacó del armario la capa en cuestión. Era una capa que había pertenecido a una monja que había muerto muy anciana. Como esta Hermana había estado sentada continuamente en un sillón durante los últimos años de su vida, nadie se había dado cuenta de que su capa era extraordinariamente corta (yo creo que había encogido a fuerza de lavados) y que estaba totalmente amarilla. Al verla, se me encogió el corazón..., ¡yo que me había hecho tantas ilusiones de tener una hermosa capa blanca...! Me entraron muchas ganas de llorar; sin embargo, le di las gracias a la costurera, sin decirle nada de mi pena. Varios días después, una novicia que acababa de tomar el hábito, al enterarse de que yo no tendría una capa nueva, se echó a llorar, diciendo: ‘¡Y yo, que tanto había deseado tener una capa vieja! ¡Qué suerte la de Sor Genoveva!’ ¡Ay, me dije a mí misma, *qué imperfecta tengo que ser!* Mi compañera llora porque no tiene una capa vieja, ¡y yo llorando porque la tengo!’ (La Madre Priora no permitió que Sor Genoveva llevase aquella capa, que, aunque era pequeña de estatura, no le llegaba ni a las rodillas.)

En el convento, pronto aprendió a hacer los trabajos sólo para agradar a Dios: “Yo tenía el oficio de costurera, junto con una religiosa joven, y teníamos como primera de oficio a una buena viejecita. Un día, teníamos una cesta llena de túnicas para arreglar con urgencia. Mi compañera y yo trabajamos tan bien, que al llegar la noche toda la cesta estaba vacía. Nos hacíamos grandes ilusiones por la sorpresa que le íbamos a dar a nuestra primera de oficio. Pero cuando llegó la buena anciana, se puso manos a la obra como de costumbre, sin decirnos una sola palabra. Las dos nos miramos desanimadas, pero mi joven compañera no tardó en tomar la palabra: ‘—Hermana, ¿no está contenta? Fíjese lo bien que hemos trabajado... —Perdón, hermanitas, no sabía que habíais hecho por mí toda esa labor; yo creía que habíais trabajado por Dios, y por eso no os di las gracias; pero ahora que lo sé, os estoy muy agradecida... Gracias..., gracias, queridas hermanitas.’ Puedes imaginarte, hijita, la impresión que nos produjeron esas palabras; tanta, que también nosotras tuvimos la tentación de volver a empezar.”

“En Poitiers era costumbre que la última profesora fuese la tercera enfermera; así que, enseguida de profesar, me pusieron en este oficio. Pero era tan torpe, que no podía tocar nada sin dejarlo caer. Un día, me pusieron en las manos un plato de ciruelas, recomendándome que lo llevara con cuidado; pero apenas hube dado tres pasos, ¡cataplum!, el plato a tierra y las ciruelas por el suelo. La Madre Priora, los días que yo rompía algo, como castigo, no me dejaba comulgar. Una mañana, antes de Misa, rompí un objeto. Estuve muy tentada de no decirlo hasta después de la Misa, pero pensé que no debía hacer eso, pues sabía que nuestra Madre me quitaría la Comunión si se enteraba. Así que fui a decírselo: —Madre, acabo de romper tal cosa. —Quítese la capa, Sor Genoveva.”

“Había en la enfermería una enferma que, para cerrar las mangas de la túnica, tenía un gran número de cordoncitos (creo que eran veinticuatro). Un día, me pidió que le cambiase los cordones, que estaban ya muy gastados. Me fui enseguida a buscar a la primera enfermera para pedirle cordones; ella me indicó dónde

estaban, e hice ese trabajo, que fue un poco largo. Cuando terminé, fui a llevarle mi trabajo a la enferma, que se puso muy contenta. Pero no tardó en venir a buscarme la enfermera: –‘Pero, Sor Genoveva, ¿qué has hecho? Has puesto cordones nuevos a la túnica. Tenías que haber dado la vuelta a los que tenía. –Gracias, Hermana, por decírmelo; ya voy a descoser los que he cosido y a poner los viejos.’ Y volví a toda prisa al lado de la enferma, rogándole que me devolviese la túnica. –‘Pobrecita, me dijo, cuánto trabajo te doy. –No se preocupe, Hermana, pronto se la vuelvo a traer.’ Y volví a comenzar mi trabajo, pues tenía mucho miedo a cometer una falta contra la santa pobreza.”

En 1838 la Madre Genoveva fue enviada a Lisieux con otras monjas para fundar un convento; ella era la subpriora y maestra de novicias, y la Madre Isabel de San Luis era la Priora. Pocos años más tarde murió la Madre Isabel, y la Madre Genoveva la sucedió como Priora. Las monjas, que la querían mucho, la eligieron Priora todas las veces que la Regla lo permitía, no más de dos mandatos seguidos, hasta que su salud lo impidió; ella fue considerada la fundadora.

La Madre Genoveva dijo a Santa Teresita en 1890: “Pues bien, hija mía, voy a confiarte un pequeño secreto. Un día, estando yo en mi celdita, había hecho una novena a nuestro bienaventurado Padre San Juan de la Cruz. Y oí una voz que, entre grandes consuelos, me dijo estas palabras: ‘Ser la esposa de todo un Dios’, y la voz se detuvo como para hacerme saborear mejor la dulzura de esas palabras. Y luego la voz prosiguió: ‘¿Qué título!’, y la voz se detuvo de nuevo; y continuó: ‘¿Qué privilegio!’ Yo no sé, hijita, dónde estaba, pero ciertamente saboreé las alegrías del éxtasis, y cuando todo hubo pasado me encontré toda bañada en lágrimas, pero eran lágrimas muy dulces. De esto hace ya mucho tiempo; yo tenía entonces tu edad, diecisiete o dieciocho años. Pero me quedó tan fuertemente grabado este recuerdo, que cuando en las tomas de velo oía cantar el Amo Christum, creía, hijita, que el corazón se me iba a salir del pecho. ¡Comprendía la gracia de nuestra vocación!” “Hijita, tú puedes decir que Dios ha hecho milagros contigo al conducirte como de la mano. ¡Y tu padre que estaba allí, en tu toma de hábito! Pero si ahora Dios lo prueba con el sufrimiento, es porque le tiene reservado un lugar muy hermoso en el Cielo.”



Cuando ingresó María Paulina Martin el 2 de octubre de 1882, la Madre María de Gonzaga era Priora. El 31 de enero de 1883, la Madre Genoveva fue reelegida, pero a finales de 1884 quedó inválida, y por su enfermedad y avanzada edad, en las elecciones del 3 de febrero de 1886 volvió la Madre Gonzaga, que era Priora cuando ingresó María Luisa Martin en 1886 y Santa Teresita en abril de 1888. Sin embargo, quedaron fuertes lazos espirituales entre la Madre Genoveva y las hermanas Martin, sobre todo Teresita y María Paulina, a quien llamaba “nuestra novicia angélica”, y de quien predijo que sería Priora.

Durante el tiempo del noviciado de Sor Inés de Jesús, ella aprendió la devoción a la Santa Faz del Señor bajo la dirección de la Santa Madre Genoveva de Santa Teresa. Una monja del convento carmelita de Tours, Santa María San Pedro de la Sagrada

Familia, había recibido revelaciones sobre los misterios de la Santa Faz. Después de estudiar estas revelaciones, la Madre Genoveva introdujo la práctica de esta devoción en su propio convento. Sor Inés de Jesús siguió fielmente la devoción de la Sagrada Faz y la introdujo a sus hermanas cuando vinieron a unirse más tarde. Santa Teresita escribió que fue la Madre Inés de Jesús quien le desveló la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz del Salvador.

La Madre Genoveva vio las cualidades de liderazgo de Sor Inés de Jesús, y profetizó en su lecho de muerte a sus hermanas carmelitas que la vida pública de Sor Inés de Jesús comenzaría pronto como futura Priora del Carmelo. El día en que la Madre Inés fue elegida Priora, el Capellán le dijo: “Cuando usted oyó pronunciar su nombre, sólo respondió con lágrimas. Y yo entiendo sus temores: usted es joven, sin mucha experiencia. Pero tenga ánimo, querida hija, Dios se sirve a veces de los instrumentos más débiles en apariencia para realizar su obrar y trabajar para su gloria. Además, usted tiene un alma recta y sencilla. Su santa Madre Genoveva la ayudará; esfuércese en imitar los preciosos ejemplos que ella le ha dejado. Yo

puedo decirle, sin faltar a la discreción, que si la mayoría de sus hermanas han pensado en darle sus votos, es porque han observado que usted trata de imitar las virtudes que la vio practicar. Ella será su sostén; y además, en sus dificultades, usted podrá recurrir a la Madre a quien tanto ama, y ella la aconsejará y la orientará; usted encontrará siempre en ella una ayuda... usted tendrá siempre a su lado a la digna Madre que usted hubiera sido tan feliz de verla continuar en su cargo de Priora.”

Santa Genoveva apoyó a Santa Teresita en sus esfuerzos para ingresar joven en el Carmelo. El Sacerdote supervisor del Carmelo de Lisieux, el canónigo Juan-Bautista Delatroette, se opuso enérgicamente a la entrada de Teresita. Cuando él visitó a la Madre Genoveva, ella valientemente le pidió consentir en el ingreso de Teresita, aunque en vano. En la mañana del 9 de abril de 1888, cuando ingresó Santa Teresita, el Padre Delatroette hizo esta amonestación a la comunidad, ante el señor Martin, mientras estaba abierta la puerta de la clausura: “Bien, Reverendas Madres, ¡pueden cantar un Te Deum! Como delegado del señor Obispo, les presento a esta niña de quince años, cuya entrada ustedes han querido. Espero que no defraude sus esperanzas; pero les recuerdo que, si no es así, sólo ustedes serán las responsables.” Toda la comunidad se quedó sorprendida ante estas palabras. Referente a su ingreso, Santa Teresita relata: “Como a todas las postulantes, inmediatamente después de mi entrada, me llevaron al coro. Estaba en penumbra, porque estaba expuesto el Santísimo, y lo primero que atrajo mi mirada fueron los ojos de nuestra santa Madre Genoveva, que se clavaron en mí. Estuve un momento arrodillada a sus pies, dando gracias a Dios por el don que me concedía de conocer a una Santa.”

Santa Teresita y sus hermanas consideraban a la fundadora del Carmelo de Lisieux como una santa. Al escribir su vida, Teresita menciona varias veces a la Madre Genoveva. Habla de “la suerte que tuve de haber conocido a nuestra santa Madre Genoveva. Ha sido una gracia inestimable. Pues Dios, que ya me había dado tantas, quiso que viviese con una santa, no de ésas inimitables, sino una santa que se santificó por medio de virtudes ocultas y ordinarias... Mi admiración subió de punto al comprobar en qué grado eminente Jesús vivía en ella y la hacía hablar y actuar. Sí, esa santidad me parece la más auténtica, la más santa, y es la que yo deseo para mí, pues en ella no cabe ilusión. El día de mi profesión recibí otra gran alegría al saber de labios de la Madre Genoveva que también ella había pasado por la misma prueba que yo antes de pronunciar sus votos. ¿Te acuerdas, Madre querida, del consuelo que encontramos a su lado en los momentos de nuestros grandes sufrimientos? En una palabra, el recuerdo que la Madre Genoveva dejó en mi corazón es un recuerdo impregnado de fragancia.”



En su autobiografía, Santa Teresita, dirigiéndose a la Madre Inés de Jesús, dice: “Tú ya conoces, Madre querida, nuestras amarguras del mes de junio y, sobre todo, las del día 24 del año 1888. Esos recuerdos han quedado demasiado grabados en el fondo de nuestros corazones para que haga falta escribirlos. ¡Cuánto sufrimos, Madre querida! ¡Y aquello no era más que el principio de nuestra tribulación!” Aquel día, su padre, que ya sufría algo de demencia, desapareció de la casa. María Celina y su tío Isidoro le buscaron en todo Lisieux, y las Carmelitas rezaron por su retorno. En medio de su dolor, encontraron consuelo y fortaleza en la Madre Genoveva, pues ella les predijo que su padre volvería a casa. Efectivamente, después de tres días supieron que Luis estuvo en el puerto de El Havre, a 60 kilómetros de Lisieux, y lo recogieron.

La muerte de la Madre Genoveva sucedió a principios de un invierno severo. Recibió la Extremaunción el 25 de noviembre, último día del triduo que se celebró para conmemorar el tercer centenario de San Juan de la Cruz, que murió el 14 de diciembre de 1591. La Madre Inés escribió a María Celina: “La Madre Genoveva estuvo peor al principio de la semana; ahora está mejor, y a pesar de todo, espera morir el viernes. Parece convencida de ello. ¡Qué feliz está nuestra santa Madre! Veo su cara inundada de una paz celestial; se puede sentir que le falta poco para llegar al puerto.”

En la madrugada del sábado 5 de diciembre de 1891, el Divino Esposo vino para la fundadora de 86 años de edad. Santa Teresita, que entonces tenía 18 años, dijo: “El día de su partida para el Cielo viví una emoción

muy especial. Era la primera vez que asistía a una muerte, y el espectáculo fue realmente encantador. Yo estaba colocada justamente a los pies de la cama de la santa moribunda y veía perfectamente sus más ligeros movimientos... En el momento mismo en que nuestra santa Madre Genoveva nacía para el Cielo... me sentí henchida de una alegría y de un fervor inexplicables. Era como si la Madre Genoveva me hubiese dado una parte de la felicidad de que ella ya gozaba, pues estoy plenamente convencida de que fue derecho al Cielo. Cuando aún vivía, le dije una vez: ‘Usted, Madre, no irá al purgatorio.’ – ‘Así lo espero’, me contestó con dulzura. Y seguro que Dios no defraudó una esperanza tan llena de humildad. Prueba de ello son todos los favores que de ella hemos recibido.”

Una lágrima, la última de todas las que derramó, no llegó a desprenderse y Santa Teresita, tomando un pañito fino, recogió como reliquia esa última lágrima de una santa, y desde entonces la llevó siempre en la bolsita donde guardaba encerrados sus votos, hasta que se lo regaló a su hermana Sor Genoveva de la Santa Faz el día de su profesión, el 24 febrero de 1896, con esta nota: “A ti, hija mía querida, te ofrezco como regalo de bodas la *última lágrima* que derramé en esta tierra de destierro. Llévala sobre tu corazón y recuerda que para una Sor Genoveva el camino para llegar a la santidad es el sufrimiento. No te costará amar la cruz y las lágrimas de Jesús si piensas frecuentemente en estas palabras: ‘¡Él me amó y se entregó por mí!’ –Madre Genoveva de Santa Teresa.”

Una noche, después de la muerte de la Madre Genoveva, Santa Teresita tuvo un sueño muy entrañable: “Soñé que la Madre estaba haciendo testamento, y que a cada una de las hermanas le dejaba algo de lo que le había pertenecido. Cuando me llegó el turno a mí, pensé que no iba a recibir nada, pues ya no le quedaba nada. Pero, incorporándose, me dijo por tres veces con acento penetrante: ‘A ti te dejo mi corazón.’”

La Madre Genoveva era tan venerada por la comunidad y en la ciudad, que su cuerpo quedó en la capilla ardiente del coro durante una semana. No fue posible enterrarla de inmediato, porque las autoridades no permitían su sepultura dentro del convento. Al final, el ayuntamiento lo permitió y fue enterrada en el presbiterio de la capilla del Carmelo, el 23 de diciembre de 1891. La Madre Genoveva era el grano de trigo del cual Jesús habló: “... si muere, produce mucho fruto.” Ese fruto iba a aparecer varios años más tarde.

La Madre Genoveva de Santa Teresa era considerada Madre de los Carmelos de Lisieux, Caen, Coutances, y Saigón, además de todos los Carmelos del Extremo Oriente.

Declarada Venerable Sierva de Dios el día 29 de septiembre de 2017 y canonizada el día 30 de septiembre de 2017 por Su Santidad el Papa Pedro III.

Exhortamos a todos los fieles de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, recurran en todas sus necesidades a la especial intercesión de estas seis Santas, elevadas al honor de los Altares para gloria de la Iglesia y de nuestra Orden.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 30, Fiesta de María Reina, septiembre del MMXVII, Año de Nuestro Señor Jesucristo y segundo de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica
Petrus III, P.P.
Póntifex Máximus



Petrus III P.P.